

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, FEBRERO 13 DE 1898.

NUMERO 7.



Mensajero discreto.

FOR VILLASANA

LA SEMANA

Cuántos heroísmos y cuantos martirios humildes y oscuros oculta la humanidad! El trabajo es un Minotáuro que exige con imperio un tributo de sangre que pagamos con toda regularidad los hombres; y para ensancharse, para perfeccionarse, para hacerse más remunerativo, consume vidas sacrifica á sus mismos hijos, como Saturno y á sus sacerdotes y apóstoles como la fe religiosa y como el ideal político.

El lamentable siniestro de Santa Fé es un episodio tan solo de esa inmensa lucha del hombre contra la Naturaleza despiadada, en su afán de regirla por la ciencia y de gobernarla por la industria. Pero en realidad y especialmente para nuestras condiciones, no son los fabricantes de explosivos, los marinos, los soldados los únicos hombres que desafían á diario á la muerte y que viven con ella en eterno contacto y completa promiscuidad. El minero que *se madura* en la oscuridad y en la atmósfera confinada de la mina; el albañil que se balancea en el espacio sobre una mala viga atada con un par de cuerdas; el garrotero que cruza todos los días la barranca de Escantzín y recorre la siniestra curva de Temamatla; el maquinista que vive al lado de ese volcán comprimido que se llama caldera, todo obrero industrial que maneja ácidos corrosivos, que respira vapores deletéreos, que juega con monstruos de hierro y de acero, cuyos engranes son mandíbulas, cuyas palancas son mazas, cuyos volantes son hondas, está en peligro de muerte y ve sonreír ante sí esa calavera siniestra que simboliza nuestro fin y que se aparece á todos los moribundos.

Las medidas de precaución, las prácticas preventivas y de higiene, los reglamentos de las autoridades, son en México más necesarios cada día y apremiantes, ante la inconsciencia del peligro, ante la temeridad sin ejemplo, ante la indiferencia por la vida, características de nuestro pueblo obrero, que canta, ríe y retoza en medio del peligro constante, y de la continua acechanza del trabajo á que se entrega.

En el caso de Santa Fé, como con el de Guerrero, no hay, seguramente, responsabilidades que exigir. Mas vale; es preferible tener solo que acusar de tantas muertes al acaso y no al hombre. Compadezcamos á las víctimas y exageremos las precauciones para evitar nuevos desastres.

Hoy que Tacubaya está convertida en un verdadero Monte Carlo, que resuenan allí los ecos de las músicas acompañando al retintín de las monedas que ruedan en el tapete verde y que brillan los farolillos venecianos anunciando las partidas de monte y de ruleta, bueno nos parece hacer algunas reflexiones sobre las condiciones del juego en México.

Estas no van encaminadas á quitar el vicio á los jugadores consuetudinarios—que nada vale la reflexión contra las pasiones y los malos hábitos—sino á demostrar á los jugadores de paso y de lance que no hay ilusión posible respecto á que en nuestras partidas se pueda ganar y que matemáticamente es segura la pérdida sin recurrir, para explicarla, á malas artes del montero.

El monte cobra á cada jugador el veinticinco por ciento de su apuesta cada vez que gana á la puerta. Como este cobro se hace cualquiera que sea la carta de las dos del albur que á la puerta venga, resulta que siendo solo diez las cartas que pueden aparecer en puerta y dos las que permiten al montero cobrarla, de cada cinco albures, á la larga, viene una puerta. Un ejemplo permitirá comprender la ventaja del montero: un jugador apuesta sistemáticamente cuatro pesos en cada albur; en un número grande de jugadas, supongamos cien, habrá ganado cincuenta albures y perdido otros tantos y quedaría á mano si no le cobraran la puerta; pero en los cincuenta albures que ha ganado han salido diez á la puerta y en ellos pierde el punto diez pesos que no tiene manera de recobrar.

Si ha jugado á la dobla, el resultado es más desastroso; en cinco albures acertados por este medio nuestro jugador habrá ganado ciento veinticuatro pesos y si el quinto es á la puerta, la casa le cobra treinta y dos pesos de puerta por cinco albures que muy pocos aciertan á ganar.

Un cálculo matemático más complicado demuestra que la puerta, á la larga, es dinero defi-

nitivamente perdido para el punto cualquiera que sea el modo y forma en que apueste; y que con puertas de veinticinco por ciento, el monte gana invariablemente y á la larga el cinco por ciento de las apuestas de cada albur, sean cuales fueren.

En la ruleta es peor; hay treinta y seis números y dos casas, es decir, hay treinta y siete eventualidades para el punto de perder contra, una de ganar; y como le pagan treinta y cinco tantos, resultan dos sobre treinta y ocho ó sea, uno sobre diez y nueve, más del cinco por ciento en favor del banquero.

No es esto todo: además de esta ventaja, el banquero lleva otra incalculable, la de nunca perder todo lo que ha ganado, única manera de que los puntos pudieran encontrar la compensación.

* *

Si un loco pierde diez mil pesos, esa suma debería figurar sobre el tapete mientras durara el juego; el punto podría llegar á recuperarla en un buen momento y á ganar el importe de la banca ó parte de él. Pero no es así; por un lado el banquero guarda los billetes que se le dan á cambiar y ya naturalmente no los aventura, y por otro, presta á los puntos del mismo dinero de la banca y lleva un apunte de *cajas* que debiera existir en efectivo sobre el tapete en espera de la revancha. De este proceder resulta á menudo que un punto que ha perdido seis ú ocho mil pesos, se encuentra, á la hora de desmontar con dos ó tres mil enfrente y pierde sin remisión la otra mitad. Y suele también resultar que desmontado en apariencia, el banquero, en la cajita de los billetes, en las listas de caja, resulta ganando dos ó tres veces lo que parece haber perdido.

La facultad que se reserva el monte de levantar el campo cuando le parece, agrava esta situación y le permite impedir el desquite, única base de todo juego normal y regular.

En Monte Carlo ni se cobra esa *puerta* exagerada, ni la ruleta tiene dos casas sino una tan solo; ni se da á nadie caja sobre el dinero del monte, habiendo una oficina especial de crédito; ni se esconde un solo centavo del dinero que los puntos pierden, figurando siempre todo él en la mesa y la duración de las sesiones es fija sin que el montero pueda acortarla, ni por causa de desmonte, estando obligado en este caso á reponer la banca.

Esto no impide á la Compañía explotadora distribuir colosales dividendos, tener la instalación más lujosa que pueda darse y obsequiar esplendidamente á su público.

En México se haría grande y buena obra no otorgando concesiones de juego sino dentro de condiciones más razonables para el punto. Los concesionarios á pesar de ellas todavía ganarían en la combinación el tlaco que el boticario del cuento ganaba aun cuando regalara la medicina.

«Dulcera á princesa» pudiera titularse la odisea de María Villaseñor, que ayer modesta vendedora de dulces, hoy cosecha lauros en el proscenio y empuña el cetro dominador del arte. Fué el activo é inteligente empresario de ópera Sánchez de Lara quien descubrió ese tesoro escondido, entre el personal de su cuerpo de coros. María Villaseñor tiene una voz poderosa, extensa, bien timbrada, dúctil y maleable como dicen los físicos, es decir tiene una mina de oro en su privilegiada garganta.

Princesa; reina deberíamos decir. Hoy que las testas coronadas suelen morir en el destierro ó á manos de furibundos revolucionarios ó de locos fanáticos; hoy que las monarquías son meros símbolos como en Inglaterra, Austria y Holanda ó que solo las sostiene el prestigio transitorio de una victoria ó el temor fundado de una revancha, como en Alemania; hoy que la idea democrática invade los espíritus, y las aspiraciones de libertad y de igualdad fermentan en todos los corazones, la única, la exclusiva, la sola soberanía ante la cual se inclinan todas las cabezas, que impone un yugo á todos los hombres es la del talento y especialmente la del talento artístico.

Daudet desde su florida residencia de Champrosay; la hoy doliente viuda desde su castillo feudal de Craig y-nos; Sara Bernard desde el tablado de la Renaissance; Tamagno desde su quinta de las afueras de Milan, dan leyes, imponen sus caprichos, emiten fallos, fundan usos y costumbres, subyugan corazones y ejercen en el alto mundo un imperio que todos les envidian; pero que nadie los disputa.

Todas las virtudes y todos los encantos no lo gran hacer de una mujer mas que una honrada esposa y una buena madre, sierva, por la ley social, de su marido y esclava, por la ley moral, de sus hijos. En cambio, una pantorrilla elástica ó una garganta ágil la unjen soberana y le permiten pasear su mirada dominadora sobre el oceano de cabezas calvas y humilladas de sus adoradores. Riquezas, lauros, enlaces regios, todo depende para la mujer del diapasón de sus cuerdas vocales ó de los grados que en el dinamómetro marca la contractilidad de sus piernas.

María Villaseñor, llegará según parece á todo eso, sin gran esfuerzo, sin grandes dificultades, porque posee la materia prima, la nota mágica con que se conquistan hoy todos los goces y todas las satisfacciones de la vida.

Lo importante para ella, la única gran dificultad que tiene que vencer, es no derrochar el capital en la zarzuela, ni conformarse con ser, como tantas otras, *artista de porvenir*.

La Capital está de fiesta; ya ha comenzado á ostentar la espléndida gargantilla de perlas luminosas con que el Ayuntamiento y los Sres. Siemens y Halske la han dotado.

Los ensayos parciales del nuevo alumbrado resultan satisfactorios; la luz, aperlada, suave á la vez que intensa, no ofende la vista, tiene una firmeza completa y un gran poder lumínico y nada más vistoso que las filas interminables de globos opalinos á lo largo de nuestras avenidas y suspendidos como aeróstatos en el espacio.

Ya no clamaremos, como Goethe: Luz, más luz... ya México está alumbrado y ha dado uno de los más importantes pasos de progreso en el sentido del bienestar público.

Sin luz no hay higiene, ni moralidad pública, ni policía, ni seguridad posibles. La luz espanta al ladrón, modera al intemperante, refrena al vicioso é influye no solo en el bien parecer sino también en el desarrollo de las buenas costumbres. Una ciudad bien alumbrada es una ciudad no solo más bella, no solo más cómoda, sino más segura, más morigerada y más pulcra. Lo primero que hizo el Creador fué alumbrar el caos como único medio de organizarlo.

Eien por el Ayuntamiento que nos ha redimido de las tinieblas.

Política General.

RESUMEN.—APERTURA DEL PARLAMENTO BRITÁNICO.—ESPERANZAS QUE SE REALIZAN.—IRLANDA DE PLÁCEMES.—LA HOME RULÉ.—PERCANCES DE UN MINISTRO.—CONFLICTO QUE SE CONJURA.—REGOCIJO DE LOS CUBANOS.—MUERTE DEL PRESIDENTE DE GUATEMALA.—LOS ODIOS PERSONALES Y LAS PASIONES DE PARTIDO.—UNA VENGANZA.—CONCLUSIÓN

Acaba de inaugurar el Parlamento Inglés un cuarto período de sesiones, y en el mensaje de la Corona donde se da cuenta detallada del estado que guarda la administración del vasto Imperio británico, hallamos interesantes declaraciones sobre la política consiliadora que trata de inaugurar el ministerio conservador en el gobierno de Irlanda.

Tiempo ha que los partidos, que tienen alternativamente la dirección de los asuntos públicos en la Gran Bretaña, miranse urgidos por las reclamaciones justas de los irlandeses y sus vivas aspiraciones al gobierno propio, exigido á las veces por medios violentos, y en otras desarrolladas por los medios pacíficos que á su disposición pone la admirable Constitución del Reino Unido, Por largo período la fracción política que acudillaba Mr. Gladstone puso en su bandera de combate la proclamación de la *Home Rule* para Irlanda; las crecientes necesidades y clamores comprimidos y mal disimulados de la católica Erin, hicieron que el mismo partido conservador, ahora en el poder, tomara á su cargo las libertades sollicitadas.

Las promesas de Lord Salisbury en el mensaje de la Reina no alcanzan hasta la plena concesión del gobierno propio ambicionado por los Irlandeses y ofrecido por los liberales; son una especie de transacción que lentamente podrá ir ensanchándose, hasta constituir del viejo reino de Irlanda, un verdadero Estado autonómico, libre de trabas y desarrollándose pacíficamente al amparo del

vasto imperio cuyas posesiones se extienden por toda la redondez de la tierra.

Aun se ha dicho que un príncipe de la casa reinante, muy cercano al trono de Inglaterra, ejercería en la isla católica cuasi una soberanía, indicándose que ese gobierno sería como una preparación educativa, para ejercer la plenitud de la realeza. Si así fuera, quedarían satisfechos los sueños más dorados de los irlandeses, y próspera y feliz la patria de O'Connell se engrandecería en el ejercicio de su libertad.

* * *

En los momentos en que se hacían más difíciles las relaciones amistosas que con tanto trabajo han podido mantenerse entre la Monarquía Española y la gran República Norte-americana, á pesar de las exaltaciones patrióticas del pueblo y la prensa de los dos países, á pesar de las ceguedades de partido que alguna vez han pretendido posponer los legítimos intereses nacionales á las preocupaciones que ha enjendrado, aquende y allende el Atlántico, la insurrección de Cuba y la suerte futura de la colonia, un incidente desgraciado viene á irritar los ánimos y á enconar más que nunca las rivalidades y los odios que hierven y se agitan entre españoles y norteamericanos. El Sr. Dupuy de Lôme, ministro de España ante el gobierno de Washington, tuvo la entereza suficiente—pues no podemos llamarla de otro modo—de confiar á una carta particular, conceptos escabrosos y palabras de censura contra el Presidente Mc. Kinley, y los agentes de la Junta revolucionaria cubana de Nueva York, por medios desconocidos, tal vez censurables, pero eficaces á su objeto, lograron apoderarse de la imprudente epístola, y acaban de dárla á la estampa en uno de los grandes periódicos de Nueva York.

Como un estallido estrepitoso que interrumpe la solemne calma y la aparente ó real cordialidad en que vivían España y los Estados Unidos, ha sido tal publicación; todos los periódicos han reproducido el descubierto, secreto todos se han llenado de comentarios; los millonarios de *Wall Street* han quedado perplejos y suspendido sus operaciones bancarias, esperando tremendos resultados; el Ministro sorprendido no ha querido negar la autenticidad de la carta, el Gabinete de Washington ha pedido con urgencia el retiro del Sr. Dupuy de Lôme, según nos anuncian los últimos cablegramas; el gobierno de Madrid ha cedido á la solicitud y admitido de plano la renuncia del diplomático presentada por cable; y de todo el embrollo ha resultado afortunadamente hasta ahora, la continuación no interrumpida de las buenas relaciones entre los dos países, un Ministro censurado y tal vez mortificado en su difícil posición y una junta revolucionaria que se regocija del efecto alcanzado por la astucia y acaso lamenta que el incidente haya pasado sin más graves consecuencias.

* * *

Otra vez la inquieta república de Guatemala ha conmovido al mundo americano con el espectáculo de una catástrofe que, como otras veces lo hemos dicho, es rara y no tiene explicación ni merece disculpa entre los pueblos jóvenes del nuevo continente: el General José María Reyna Barrios, Presidente de la República según la Constitución y Dictador por voluntad propia, acaba de caer para siempre, herido por la mano de un asesino.

Agitado todavía el suelo guatemalteco por la convulsión tremenda de la última guerra civil, que se levantó formidable contra el golpe de Estado de Reyna Barrios; caldeados los espíritus por las explosiones de la lucha, en la que al fin prevaleció por la fuerza el gobierno contra los elementos formidables de la revolución, racionalmente se vuelven los ojos á buscar la causa que haya armado al asesino, el soplo tenebroso que lo haya inspirado, la idea siniestra que lo haya guiado á cometer el asesinato político, ya que en la América latina



General José M. Reyna Barrios

Asesinado en San José de Guatemala el 8 del actual.

no medran las morbosas manifestaciones del anarquismo que hace temblar á Europa, porque no encuentran la materia prima con que se forjan esos tipos dantescos y sombríos, esos seres profundamente extraviados ó eminentemente criminales que se producen en las condiciones políticas, sociales y económicas de las viejas nacionalidades.

Escasas como son hasta ahora las informaciones recibidas, y faltas del detalle minucioso que dibuje claramente los contornos de un acontecimiento tan notable y por diversos modos conmovedor en la América latina, tenemos que referirnos al juzgarlo á las circunstancias especiales que han agitado la vecina república, en los meses últimos del pasado año.

* * *

Es indudable que la pasión política ha entrado por mucho en el tremendo drama; es posible que los odios de partido hayan tenido que ver en el suceso que lamentamos sinceramente, y que reprobamos con todas nuestras energías. Pero por últimas noticias recibidas y de las que apenas ha dado cuenta la prensa diaria, surge como por arte mágica la sombra de un honrado ciudadano, de un rico banquero cruelmente sacrificado y despiadadamente destrozado en las calles de Quetzaltenango, durante la última revolución; resuenan otra vez los lamentos dolorosos de esta víctima arrebatada al hogar, substraída al bienestar, explotada primero é inmolada después por los agentes de la dictadura; y se murmura por lo bajo que el asesino de Reyna Barrios, muerto también al perpetrar su crimen, era el brazo armado de la venganza. era un empleado fiel y abnegado de la víctima de Quetzaltenango, que quiso lavar con sangre y aun con sacrificio de su propia existencia la muerte de su patrón.

No son aventuradas ni carecen de fundamento estas versiones: la pasión política puesta al servicio de resentimientos personales, puede alguna vez dar tremendas lecciones. El General Reyna Barrios, dueño de omnímodo poder, pudo por considerarlo adicto á los revolucionarios; ordenar la muerte de Aparicio, pero pronto tropezó con un hombre resuelto que no retrocedió ante el nefando crimen político, para ejercitar cruel venganza.

Jamás alcanzará nuestra aprobación un hecho que merece el anatema social y la condenación implacable en el juicio severo de la historia; siempre marcaremos con el estigma candente de justa indignación el asesinato político. No pretendemos disculpar, sino indicar la filiación del tremendo drama de Guatemala.

X. X. X.

Febrero, de 1898.

NUESTROS GRABADOS

Cuchicheos de amor

—¿Sabes, rubia? Anoche vino por estos bosques la primavera, con su cohorte de silfos y de ondinas, de sátiros y de nereidas, que reían á la luz de la luna, y bailaban danzas encantadoras.

Quando amaneció hoy, ya lo ves, en todas las ramas hay flores, en todos los troncos hay nidos y en todo el cielo hay luz. Murmuran las corrientes, cantan los pajarrillos, se expande el aroma en oleadas transparentes y cuanto alienta y vive, dice: amor, amor, amor!

También lo dice ¡oh rubia! tu corazón, también la sávia de la tierra ha subido hasta él y los rayos del sol han convertido en miel esa sávia.

Ya viene, ¡oh rubia! el enjambre sediento de las mariposas que se bañaron en las vestiduras de la diosa Iris y que derraman polvo de oro cuando aletean.

¿Oyes? Esas músicas delicadas vienen de los pifanos de caña de los faunos moradores de estas selvas; Apolo les acompaña con su lira, y la Musa del amor canta estrofas olímpicas á la maternidad triunfante.

Helios arroja desde la mitad del cielo sus saetas, y la Madre Venus, abrumada de calor se baña en los cristales del océano, en tanto que celebran su hermosura las sirenas y los delfines.

Ama, ¡oh rubia! ya llegó la hora del amor. Tus ojos despiden ráfagas como esos peces de la mar que aman por las noches. En tus labios hay color de clavel y jugo de fresas, tus cabellos flotan al aire como el abanico de las palmas, ríes y suspiras sin saber por qué.

Tienes ¡oh rubia! la ansiedad febricitante del amor! Ama! Amar es la ventura. La dicha es el amor.

.....
Eso decía en discretos cuchicheos el hijo de Venus á la rubia de nuestro grabado.

Amor triste y amor alegre

Para expresar es necesario sentir. Cuando el inspirado Jaques Gasper pintó sus preciosos cuadros, "Amor triste y Amor alegre" estaba de seguro penetrado del sentimiento pagano que personalizó al amor haciendo de él un dios niño, inocente y caprichoso que á veces martiriza sin piedad y derrama á veces sobre los corazones las más intensas alegrías.

Basta fijarse en la copia que de esos cuadros publicamos hoy para comprender que están pensados y sentidos, que tienen el secreto divino del arte, que pertenecen á esos lienzos que tienen derecho á no pasar desapercibidos en el mundo.

Lo que expresan esas dos caritas infantiles y bellas, lo hemos sentido todos en el corazón, allá en lo más íntimo, ó lo estamos sintiendo ahora, ó lo sentiremos más tarde, porque las tristezas y las alegrías de amor, son el capítulo más interesante en la historia de los corazones.

Hermosa juventud

Quando la alegría desbordada del corazón se derrama por las miradas y las sonrisas, y es música la voz y libro de versos la imaginación, todo encanta con el encanto que lleva uno dentro de sí mismo, y que se transmite á cuanto tiene también vida y juventud.

La joven riente, blanca y bella que retrata nuestro grabado de hoy, está estrenando su traje para el baile de fantasía. Es un traje caprichoso de Arlequín, hecho de colores vivísimos despertadores de los regocijados pensamientos.

Va muy contenta con su vestido alborotador y revolucionario y piensa que ese raso y esas cintas y esos adornos, son los que la llenan de tan entusiasta alegría que parece que le va á reventar el corazón.

Pero no! La alegría no viene de fuera; le brota de lo muy íntimo y palpita en su corazón de veinte años.

Hermosa juventud!

Estamos concluyendo de preparar y repararemos con nuestro último número de Febrero actual,

Una preciosa novela

que se les entregará encuadernada á nuestros abonados.

Viaje al país del oro

Todos conocen la preciosa fábula en que se habla de una gallina hambrienta que habiéndose encontrado un diamante de gran valor, lo despreció desesperada por que no era un grano de trigo. Pues algo por el estilo está pasando actualmente á los habitantes de Alaska, solo que pensar en ello es desgarrador por tratarse de seres humanos, que ahora gimen entre montones de oro casi sin tener un pedazo de pan que llevar á sus labios.

Con profundo terror se ha conocido en el mundo la espantosa noticia de haber naufragado el vapor *Cleveland* que había llevado á los gabusinos las provisiones que debieron servirles para su alimentación durante todo el invierno actual. Perdido este barco no puede enviarse otro, por que avanzado el invierno ya ninguna comunicación es posible con aquellas remotas regiones ni por tierra ni por mar y había que renunciar á todo recurso humano de llevar víveres que prolongaran siquiera por algunos días la vida de aquellos infelices millonarios.

Pero he aquí que cuando se desesperaba de toda tentativa de salvación, cuando las familias de los buscadores de oro les lloraban ya muertos de la muerte más horrorosa, cuando la prensa universal basándose en los últimos datos oficiales relativos á la población de Alaska y sus importaciones de sustancias alimenticias, le contaba los meses, los días y hasta las horas que aun tiene de vida, un grupo de franceses científico y audaz, concibe y pone en práctica el increíble proyecto de... la cosa más natural y sencilla del mundo, llevar víveres á Alaska. Cómo, por mar? El mar está helado, y se necesitaría para cruzarlo y llevar provisiones suficientes, muchos centenares de trineos, muchos, pero muchos centenares de pesos, y sobre todo unos centenares de días. Cuando el auxilio llegara ya sería tarde. ¿Por tierra? No hay caminos sino de desiertos sin fin y montañas, inaccesibles. ¿Como van, pues, los franceses? Por el único camino posible, por el aire.

Uno de los promotores de la idea ha dado sobre el particular algunos detalles que de seguro serán vistos con interés por nuestros lectores, por tratarse de la organización de una expedición que ocupará un lugar prominente entre las más audaces tentativas que el ingenio humano haya puesto nunca al servicio de la filantropía y de la generosidad. Los informes á que nos referimos, hacen concebir grandes esperanzas sobre el resultado de esta empresa, con razón tenida como una de las más extraordinarias del presente siglo.

Desde luego no se trata de un globo sino de varios globos, todo una flotilla de aerostatos que tomará de un momento á otro el camino de las regiones auríferas. Mr. Variclé miembro de la Sociedad de Topografía de Francia es el jefe de esta expedición, y al mismo tiempo el inventor de un sistema muy práctico de dirección, sobre el cual un ilustrado colega francés da las siguientes explicaciones:

Mr. Variclé no tiene la pretensión de no haber resuelto el problema de la dirección de los globos, sino que sencillamente ha puesto en ejecución un medio que le permite desviar un globo cerca de doce grados á la izquierda ó doce grados á la derecha de la línea del viento, y seguir así una curva bastante pronunciada que le permite utilizar ciertas corrientes en su provecho. El globo que ha venido empleando hasta ahora es de forma ovoide, pero conviene observar que con ayuda de algunas modificaciones insignificantes, pueden los globos de cualquier forma ser destinados á esta aplicación especial. Gracias á una ingeniosa disposición de frenos, el aerostata de Mr. Variclé no se separa jamás de la tierra á una altura mayor de 50 metros, y sigue absolutamente, en una línea paralela todas las sinuosidades del terreno. No abandonando por consiguiente las fuertes presiones, no sufre desperdicio alguno de gas y puede viajar casi por tiempo indefinido.

Un aparato de extremada sencillez permite además á los aeronautas detenerse á voluntad en un punto cualquiera sin ocurrir á la válvula del globo, y por

DAMAS MEXICANAS



Sra. Matilde de la Garza de Margain.

DE MEXICO

consiguiente sin pérdida de gas. Añade el colega de quien tomamos estas noticias, que el sistema de que venimos hablando ha sido ya objeto de repetidas pruebas, y que el 19 de Noviembre último, dos globos de los cuales uno iba provisto del sistema Variclé, partieron juntos de la fábrica de gas de La Villette. El viento soplabá del Sur. Pues bien: en tanto que el globo normal fué arrojado hacia la *Mancha*, el que estaba provisto del sistema de derivación pudo dirigirse marcadamente hácia el Este y llegar á Vastorf cerca de Hamburgo, conforme á un itinerario que se había trazado de antemano. En toda la extensión del trayecto los viajeros habían ido arrojando tarjetas postales con la súplica de ponerlas en el Correo, y dando diversas informaciones sobre la hora de su paso, la dirección del viento etc. etc. La distancia así recorrida fué de mil kilómetros y el globo llegó veinticuatro horas después de su partida, como lo hacen constar certificados expedidos oficialmente. Así pues, bajo el punto de vista de la distancia y de la duración del viaje, este fué un verdadero acontecimiento tanto más notable, cuanto que el globo no media más de ochocientos metros cúbicos.

Precedentemente otro ensayo había sido efectuado en las mismas condiciones, entre Paris y Diepps. El viento soplabá igualmente del Sur y la desviación esta vez, siguiendo el itinerario marcado, se operó al Oeste.

Pues lo que se hizo muy fácilmente de Paris á Dieppe y de Paris á Hamburgo, puede hacerse desde un punto cualquiera de la Costa Norte Americana para ir al centro minero de Dawson con más seguridad acaso y más precisión matemática. Esto consiste en que el régimen de los vientos es extremadamente regular en la Alaska, pues soplan invariablemente sea de Norte á Sur, sea de Sur á Norte. En estas condiciones, con una desviación que no sería ni aun de tres grados, los expedicionarios casi tienen la certidumbre de llegar al término de sus deseos. Y alcanzarán este resultado,

continúa diciendo el convencido y entusiasta colega, sin desinflar sus aerostatos, lo cual les permitirá regresar con un viento del Norte en las mismas condiciones

Tal es el curioso y muy interesante proyecto formado por Mr. Variclé y por los valientes que lo van á acompañar en esta expedición sin precedente. Entre estos que son cerca de doce, figuran varios industriales, un propietario, un minero, un arquitecto y un ingeniero mecánico.

Deben haber salido de Paris el 22 de Enero los expedicionarios para embarcarse en Liverpool y cuentan con que les bastarán seis días para ir de Liverpool á Nueva York, cerca de siete para alcanzar Vancouver por el *Canadian Pacific*, un día para ir de allí á Victoria y en Victoria pasarán una semana en equiparse y aprovisionarse. Harán en barco y en cuatro días luego la travesía hasta Juneau, punto donde concluye la línea de navegación, y en esta localidad es donde aparejarán sus aerostatos y se entregarán al viento que en menos de 20 horas, según esperan, los depositará sin fatiga en el mismo centro minero.

Es conveniente hacer observar que para cumplir esta última parte del viaje, las caravanas mejor organizadas no emplean menos de 80 días, en el curso de los cuales agotan sus víveres su valor y sus fuerzas. Y con todo y eso, como ya lo hemos dicho, no pueden ponerse en marcha sino en la buena estación, lo que da á los franceses una ventaja de cuatro meses para socorrer á los abandonados de Alaska. Si como es de desearse y esperarse realizan tan humanitaria empresa, habrán hecho una cosa digna de su siglo y de su país.

UNSILLON
tríciclo, para enfermos

Los coches para enfermos no escasean, pero ninguno presenta tantas ventajas como el que representa nuestro grabado y que ha puesto á la venta la Kalamazoo Cycle Comp. de Paris. El fin perseguido es fabricar un sillón rodante confortable, bajo y de fácil acceso que deja al enfermo el espacio libre de

lante de él, y que puede caminar con suficiente velocidad lo cual no había sido posible con los coches a. rastrados ó empujados por un hombre á pié.

El grabado nos dispensa de dar largas explicaciones sobre las disposiciones de este sillón, pero es conveniente hacer notar que la construcción está arreglada de manera que el sillón puede ser puesto en movimiento lo mismo por un hombre que por una mujer.

El desarrollo total de la máquina no pasa de tres metros para que el motor humano no esperimente demasiada fatiga. La silla puede bascular para que la tablita en que se apoyan los pies llegue hasta el suelo, lo que facilita la instalación de las personas que andan con mayor dificultad. Cuando el enfermo está

convenientemente instalado, el sillón bascula de nuevo y acaba por quedar en una posición un poco inclinada para atrás, en la cual se mantiene por medio de un resorte.





Cuchicheos de amor.



Amor alegre.



Amor triste.

En tierra Yankee.---Notas á todo vapor.

WASHINGTON.

Estos ferrocarriles del Alto Este son ferrocarriles de salón; dobles, triples, cuádruplos, vías lujosamente instaladas, barridas, bruñidas, acicaladas como las veredas de un jardín rico; los wagones soberbios de confort, con muebles, cortinas, cojines, y asientos suntuosos, sultánicos, se deslizan casi sin trepidación ni ondulaciones por entre ciudades abigarradas que se tocan y se expían mutuamente desde lo alto de sus torrescasas de quince pisos, especies de ciudades-anuncios, coronadas por letreros, rótulos y enseñas y empenachadas de inmensos plumeros pardos de humo de hulla. Hay paréntesis deliciosos; bosques que el otoño convierte en selvas de coral y oro, formados de árboles de comedia de magia que parecen flores por cuyas venas corre sangre en vez de savia; ríos amplios y profundos que lamen isletas de vegetación en agonía y corren al mar próximo cargadas de buques de todos los tamaños, y de todos los colores.

Una hora larga después de haber pasado á orillas de la gran mancha escarlatina de Baltimore, paramos en una estación chaparra, fea sin majestad, sin esa majestad que da lo enorme y que es propia de estas arquitecturas yankees; estábamos en Washington.

Primera impresión: ciudad casi sola, agradable, correcta, amplia, formada por eternas calles bordadas de árboles pálidos y susurrantes como los de los cementerios; un pavimento admirable de limpieza y de lisura; podría patinarse en él sin tropiezo durante una lengua. Por entre las copas nerviosas y finas de los árboles se entrevén largas series de casas modestas en comparación de los gigantescos bloques de Nueva York, pero, al parecer, más cómodas, más sanas. De vez en cuando un severo y colosal convento de granito, un edificio público blanquecino y enorme, recuerdan al viajero que está en el país de las grandes dimensiones. ¡Oh! ¡qué ciudad tan simpática, tan triste!

Enferma, á pesar de su higiene, enferma de viruela negra. Hay en la Unión, según el censo de este año, 6,338,000 negros puros y 1,132,000 mestizos (mulatos, cuarterones, etc.) y aunque en 25 años la proporción de la gente de color respecto de los blancos haya baja-

do de 15 á 13 mil por cada 100,000 blancos, esto no quiere decir que los negros sean cada vez menos prolíficos, sino que la inmigración blanca ha superado á esa fuerza reproductiva. Sea lo que fuere, Washington es una de las capitales de la nación negra y esola carga de sombra. El mulato de los hoteles de nueva York, es limpio elegante y simpático, con frecuencia; el negro de los hoteles de Washington es súpico y feo como un diablo de baja estofa. Pobre raza apenas desprendida de la esclavitud, apenas en estado de oruga hace un tercio de siglo, la libertad ha hecho en ella un efecto singular parecido al del alcohol; en realidad no la ha hecho libre, sino insolente.

**

Instalados en nuestro hotel, que resultó ser una casa histórica (según nos dijo luego el Sr. Romero, que es la viva historia moderna de Washington) y después de ver al soslayo, en un extremo de la espléndida avenida de Pensilvania, la imponente masa del Capitolio, tomamos un carruaje y nos hicimos conducir á la legación de México. Es una casa de serio y elegante aspecto, de color granítico y situada relativamente cerca de la Casa Blanca y de los Ministerios que la rodean. Todas las legaciones hacen la corte, y con mucha razón, más bien á la casa del Presidente que al Capitolio. El Sr. Romero no estaba en Washington, lo esperaban en la noche; el primer Secretario, mi buen amigo Miguel Covarrubias tampoco estaba, y solo tuvimos el gusto de ver aquella tarde al joven Secretario Plaza, hijo de aquel extraño poeta, popular en México hace algunos años, pesimista y ardiente, especie de Baudelaire inferior, apenas artista, pero intensa y amargamente sentimental. El joven Plaza se puso á nuestra disposición con exquisita cortesía, nos hizo recorrer en carruaje algunas de las principales calles, lo que es una delicia en un morir de tarde color de violeta como el de aquel día de Octubre, con un frío apenas molesto y sin viento ni tristeza y por un pavimento sin un solo desnivel. Las casas se empinaban som-

brías sobre los árboles que se desnudaban hoja por hoja para recibir en plena piel el beso mortal de las nevadas próximas. La luz de los reverberos eléctricos dejaba las partes altas de esas casas y las caprichosas líneas de sus remates en una oscuridad azulosa como la del país de los ensueños; á mí me parecían una curiosa mezcla de palomares y órganos de iglesia, de abrumadoras proporciones.

Entregamos á nuestro cicerone, para que la pusiera en manos del Sr. Romero, la carta que para él me había enviado con su impecable cortesía el Sr. General Diaz, y en la que me parecía encontrar, no sin cierta flaca vanidad, algo más expresivo que las fórmulas usuales de la secretaría del Presidente y que son occidentísimas en el mundo burocrático.

Llegó la noche, nos hicimos servir en el lujoso restaurant del hotel Raleigh una cena succulenta dorada al margen por el bullicioso topacio de una champaña seca de alta marca y de un precio que me obligaré á renunciar á ella como sucedánea del agua delgada en la capital azteca, y remolcados á todo humo por los opiparos puros que se pagaba mi casi imberbe primo, nos dirijimos al teatro; á un teatro que se llama de la grande ópera y que me pareció inferior á cualquiera de los de Nueva York. La concurrencia vestía de cualquier modo; las señoras de los palcos estaban casi todas de sombrero como en las tardes teatrales de México y entre ellas vimos á algunas bonitas y bien puestas mujeres. Cierto es que aún no inauguraba la sociedad política y diplomática de Washington sus fastuosos inviernos.

**

Cuando vi por primera vez las deliciosas parodias en que Mei hac y Halevy pusieron en caricatura á Homero y los trágicos griegos, dorando esta píldora de arsénico, con la música endiabladamente joven y mal intencionada de Offembach, uno de los más simpáticos agentes del diablo en nuestro siglo, me creí obligado á protestar con melancólica solemnidad en nombre del arte eterno, aunque estudiante (digo, que á

DAMAS MEXICANAS

pesar de ser estudiante me creía facultado para hablar de cosas eternas) La verdad es que aquellas operetas me divertían, ay! furiosamente, y que hacía esfuerzos imposibles para disimularlo, por pura actitud. Llorábamos entonces la muerte de lo bello asesinado por la señorita Torreblanca que bailaba con unas piernas muy gordas un *cancan* muy azteca; el maestro Melesio Morales, transportando al tono menor la música misma de las cuadrillas cancanescas, componía la marcha fúnebre de la estética; dulce y elefantina, como la estatua de Atena, la pobre Carolina Civil, amenazaba á los sacrilegos con el puñal de Melpómene, Olavarría, que era en aquellos siglos un muchacho muy bonito, muy amable y muy entusiasta y candoroso (en esto último éramos gemelos) se batía con el barón, es decir con Gostkowski que era el barón por antonomasia; por que aquel defendía la causa del llanto en el arte y el barón la de la risa; y todos los *bohémios*—asi nos llamábamos de orden de Pepe Cuellar y por odio á los filisteos— seguíamos en lúgubre teoría á nuestro ilustre maestro Altamirano y exhalando unisonos lamentos de dolor literario, reproducíamos como simios, los gestos de indignación de nuestro amado corifeo. En el fondo esta comedia nos divertía mucho también.

En el escenario del gran teatro de Washington, se desarrollaba una parodia enorme, aplastante y sin pizca de gracia. 1492 se intitulaba, y allí, desde el sitio de Granada hasta el descubrimiento del parque Madison en Nueva York por el genovés consabido, vimos una sucesión de cuadros estúpidos en el fondo y sumamente divertidos en la forma, si por la forma se entienden las decoraciones. La corte de los reyes católicos (hacia de reina Isabel un yancazo de veinte codos de altura, voz de escocés borracho y copioso bigote) era una especie de corte de los milagros; la reina aplanchaba los pantalones de D. Fernando, las princesas flirteaban con los militares, y Colón jugaba á la pelota con su mundo por descubrir; impagable resultaba el espectáculo á fuerza de ser idiota. Pero espléndidos trajes; que serpenteamiento de oro y luz en los telones, que surtidores de agua tan bien iluminados, que mágicas vistas de la Alhambra! Luego Colón emprende el viaje: la escena representa el mar inmenso; perdidas en el, como un triángulo volador de procelarias en la noche, las carabelas históricas; luego una lenta y pura aurora americana..... Realmente la ilusión era poderosa; caía el telón sobre el alma trémula de admiración y vibrante de recuerdo... ¡Oh! si el recuerdo de lo que no se ha visto, pero que ha sido, es el más conmovedor de los recuerdos!.....

Después seguían escenas neo-yorquinas, en pleno mundo rateril; los timos ingeniosos de los pick-pocket formaban la substancia de todo aquello. Y se conocía que el público gozaba mucho; las mandíbulas de aquellas buenas gentes estaban animadas de un perpetuo y silencioso movimiento trepidatorio. Lo que más me gustó fué la parte negra de aquella monserga teatral; los bailes interminables de los negros; sus canciones monótonas acababan por hipnotizar y luego por producir una dulce y sorda voluptuosidad que paralizaba el espíritu y hacía cosquillas como con una pluma suavísima, en todas las puntas y nudos del sistema nervioso..... Y en aquel sopor lánguido dominaba la voz opaca y ardiente y la ondulación de las formas de una mujer (una inglesa de carne opulenta y que debía de tener el microbio negro en la sangre) que cantaba con un ritmo siempre igual una canción erótica en que había arrullos de paloma y rugidos aterciopelados de pantera en noche de luna. Temo que la Academia se escandalice con estos adjetivos y me escomulgue. ¡oh! si, lo temo!

* *

En esta estación del año, aun no están plenamente preparados los hoteles para el servicio de invierno y suele hacer bastante frío en las mañanas, á pesar de las espesas mantas. Aconsejo en este caso hacer lo que yo hice en Washington; prepararse un baño semi-caliente y sumergirse en el hasta la venida del sol; tomar entonces un buen almuerzo é ir á pie por aquellas amplias avenidas, contemplando los medianamente ricos aparadores que dan á Washington el aspecto de una ciudad de provincia, comparándola con Nueva York ó Filadelfia, hasta la Legación de México. Esta última parte del consejo puede suprimirse naturalmente; yo no hubiera por ningún motivo prescindido de esta excursión; D. Matías Romero es el hombre que oculta mayor dosis de amabilidad bajo su cetrina y velluda corteza de cuáquero melancólico. Muy bueno, excelente hombre; por desgracia trabaja tanto con la cabeza como con los pies, es decir, indefinidamente. Había llegado de Filadelfia hacia algunas horas, después ó antes de tomar su ducha había jugado á la pelota, el solo, en una sala *ad hoc*; luego había firmado y revisado cien documentos, la mayor parte redactados por él, los más largos, porque el Sr. Romero plumea indefinidamente también; es el hombre más libe-



Srita. Elena Paz

DE MEXICO

Fot. de Torres.

ral de la tierra, porque no tiene la noción del límite: todos sus informes son opúsculos, todos sus opúsculos son libros, todas sus memorias son bibliotecas. Es un Tostado; nadie lo lee sin fatiga, nadie lo lee sin provecho. Nos abrazamos, y, sin sentarnos, sin reírnos, (yo descanso de una caminata de una legua con una risada de seis minutos) tomamos el camino de la Tesorería al paso menudo y rápido del Sr. D. Matías.

Grandioso pórtico, de dórico severo; columnas, arquitecturas, escalinata, formados de enormes bloques de piedra blanquizca, monolíticos. Entramos, saludamos á los jefes principales de la oficina, que todos tratan á Mr. Romero con afecto respetuoso, como á persona de la casa, y provistos de uno de estos amables funcionarios bajamos por un descensor á los sótanos, iluminados perfectamente á *giorno* por focos de luz incandescente día y noche. Allí en departamentos de acero, admirablemente distribuidos y cerrados por alambrados que no es posible atacar ni abrir, sin poner en movimiento una serie de juegos de campanas eléctricas, yacen centenares de millones de valores: garantías de bancos, billetes del tesoro, barras de oro y plata, etc. Tanto es lo allí aglomerado que ni codicia despierta, está por encima de cualquier ensueño de poeta ambicioso de riquezas, aun cuando tenga la imaginación y el apetito á altísima presión, aun cuando crea posible caer al mar envuelto en un saco de muerte y emerger de allí convertido en Montecristo.... Esta indiferencia sublime ante aquella serranía de dinero me dió buena idea de mi mismo.

Y esta buena idea subió de punto en el momento en que uno de los jefes de aquellas opulentísimas oficinas puso en mis manos un paquete de billetes (dos ó trescientos mil pesos) y me invitó á destruirlos por un solo golpe de palanca en una finísima prensa de acero; lo que hice concienzudamente. Pocos hombres han de haber aniquilado tamaña fortuna, con tanta rapidez y tan poca emoción como yo.—Lo admirable en

estas gigantescas bombas de aspirar y arrojar dinero en todo el sistema circulatorio de la Federación, es lo bien que en ellas se ha distribuido el trabajo. Hay una sección destinada al sello de billetes desempeñado por mujeres que es una maravilla de orden y destreza. Pero el más curioso de todos es el departamento en que se cambian billetes viejos ó estropeados por nuevos; todo aquel que quiere cambiar sus billetes por nuevos, los envía al Tesoro, que sin gasto alguno para el remitente hace el cambio. "La Federación desea, que su papel sea siempre limpio y entero" nos decía el Tesorero. La sagacidad desplegada por las señoras encargadas de revisar los billetes enviados, no solo para averiguar si son ó no falsos, sino para restaurarlos, porque muchas veces vienen en fragmentos minúsculos ó quemados y, para leer en ellos su valor real, es igual, algunas veces, á la que puede desplegar un paleontologista para restaurar el esqueleto de un paquidermo antediluviano con solo el examen de un molar ó de un fragmento de tibia fósiles.

* *

En los otros ángulos del bonito parque que ciñe la Casa de los Presidentes, blanquísima realmente, la famosa *Casa Blanca*, se elevan los ministerios de Estado (relaciones) y de guerra, los visitamos de prisa, jadeando en pos de nuestro infatigable D. Matías. Nada de particular tienen ó nada de particular vimos en ellos; el despacho del Ministro de la guerra, con unos retratos de Washington y del general Grant entre banderitas nos pareció *curioso*; la biblioteca del ministerio de Estado, está admirablemente instalada; allí se muestran autógrafos, piadosamente conservados, de los fundadores de la Unión y, entre otras curiosidades, un colmillo de elefante regalado en prenda de paz al Presidente Cleveland, por un jefe africano. En la casa del Presidente recorrimos las elegantes, aunque no lujosas galerías laterales, y, si nuestra permanencia en Washington se hubiese prolongado, habríamos tenido el gusto de ver á Mr. Cleveland, que en aquellos momentos había salido de la ciudad; yo que me había propuesto no hacer este viaje para observar, sino para recibir sensaciones, sentí no haber visto á la bella y distinguidísima Sra. Cleveland.

* *

La Sra. de Romero nos recibió á su mesa en la noche. La esposa del ministro ha pasado en los últimos años por graves enfermedades y, por eso, no es ya aquella deliciosa joven fresca y alegre como una flor de primavera, que fué encanto de la sociedad mexicana en los años que siguieron inmediatamente á la restauración de la República; pero bella aun y elegante y distinguida como pocas, la Señora de Romero, en un castellano un tanto breve y condensado, si muy correcto, hace con tan exquisita amabilidad los honores de la casa de México en Washington, que allí las horas pasan rápidas y en la despedida tiembla siempre una nota sorda de emoción y de tristeza.

Tuvimos el gusto de ver en la tertulia de nuestro ministro al Sr. Foster, antiguo plenipotenciario de los Estados Unidos en México y en España, legista y político eminente, que descansaba en Washington de su viaje á China y al Japón, en donde asesoró á Li-Hung-Chang, en los tratados de paz celebrados entre las dos potencias; labor considerable que acababa de ser remunerada con 250 ó 300 mil pesos. El Señor y la señora de Foster recuerdan mucho á México y si no fuera porque tienen deseos de descansar un poco después de haber dado tres veces la vuelta al mundo, irían á pasar un invierno á nuestro país.

Salimos encantados de la legación cuando mediaba la noche y departimos por aquellas magníficas calles de Washington con algunos paisanos nuestros y dos ó tres caballeros americanos; la noche estaba tibia y serena y yo agobiado de recuerdos de mi padre que, hacia cincuenta años había hecho iguales paseos, que describe en su viaje, por esta misma avenida de Pensilvania.

JUSTO SIERRA.

OTRO PAGO DE \$1,053.00

DE «LA MUTUA» EN MEXICO.

Recibimos de "The Mutual Life Insurance Company of New York" la suma de \$1,053.00 un mil cincuenta y tres pesos en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 778 811 bajo la cual y á favor de su esposa é hijos, estuvo asegurado el finado Sr. D. Francisco Palencia y para la debida constancia en nuestro carácter de beneficiarias las suscritas, Ramona Ll. vda. de Palencia; María Guadalupe Palencia, y el suscrito General Francisco M. Ramírez, como tutor de los menores Luis, Concepción, Salvador, María, Angela Manuel y Francisco Palencia, también beneficiarios nombrados en la póliza, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la compañía para su cancelación en México á 3 de Febrero de 1898.—*Ramona Ll. vda. de Palencia, María Guadalupe Palencia, Francisco M. Ramírez.*

El Notario que suscribe Certifica: que las firmas que anteceden puestas al calce del anterior recibo, son de las personas que expresan y las que usan en sus negocios. Y para que surta pongo esta certificado en México, á 3 de Febrero de 1898.—*Jesús Trillo.—N. P.*



Dichosa juventud.



Cuentos de mi vida

HIJOS DE COMICA

(A CARLOS DIAZ DUFOO.)

OCHE de Reyes. En el teatro, distraendo el fastidio, mirábamos tú y yo, á tres chiquitines que pugnaban, en la primera fila de una platea, por cometer el trágico crimen de Macbeth, por matar al sueño. Se conocía que estaban habituados á esta lucha terrible. El sueño, un negro gigantesco, un Billy Clark fanfarrón y engreído de su fuerza, no reparaba en que los niños eran más débiles que una pompa de jabón; les pegaba papirotazos, con una crueldad inicua..... y, ¡claro!, ellos vacilaban sin querer darse por vencidos, en un combate heroico de lo más cómico que puede imaginarse. Estaban bien vestidos, ostentosamente adornados, con plumas, perifoneos y cintajos de matices fuertes: los dos muchachos, no más altos que Pulgarcillo, recordaban mucho, por la cabellera suelta á los lados y recoitada sobre la frente, á los famosos *hijos de Eduardo* de Paul Delaroché, y ella, la más grande, un minúsculo figurín de la moda, abrumaba con un gran sombrero Luis trece, de pluma esponjosa y blanca, su cabecita de cromo, que emergía de una corola de raso azul. Era el suyo un atavío algo extraño, como de guardarropía, llamativo y deslumbrador, de elegancia teatral y artificiosa, propio para escandalizar, atraer las miradas y provocar cuchicheos y admiraciones.

—¿Quiénes son aquellos niños? te pregunté contagiado por la curiosidad del público que encontraba una impresión nueva engarzada en el aburrimiento de «La Marcha de Cádiz.»

Y tú me respondiste haciendo ese gesto de ironía, incisivo y picante, que es como la máscara alegre con que se disfrazan tus amarguras:

—¡Pobrecillos! Son hijos de cómica....

Ah! hijos de cómica! Ahora me explicaba el cuadro: en el fondo, la vieja de tápalo raído y cara enjuta y diabólica, como la de una bruja de Goya; sobre un asiento, una montaña de abrigos de mujer con un cráter de sombreros que vomitaba plumas y flores de trapo, y junto á la barandilla, en incómodas posturas felinas, aquellos tres muchachos que parecían una ilustración de almanaque de pared. Las madres debían de estar entre bastidores, vestidas de aldeanas aragonesas, y esperando la hora de desfilarse por el tablado al compás de la "marcha de los naipes."

Y nos pusimos tú y yo á hacer humorismo triste y deshilachado con aquel tema del momento. Se equivocan los buenos burgueses que creen á pié juntillas, que la maternidad de una hembra de teatro es una maternidad común y corriente. Desde luego, es el resultado de una historia de amor, muy vulgar, pero muy dolorosa, que deja hiel y disgusto en la vida de una de estas jóvenes histéricas que, tras angustias y necesidades, toman el teatro como refugio de sus miserias y exposición de sus encantos y sus gracias. En general, cada mujercita lanzada así, á la buena de Dios, en el cuerpo de coros, entre seculares suripantas y apollillados comparsas, trae su cuento de Boccaccio ó su historietta de Paul de Kock, tramada con encantadora habilidad, por la suerte. Casi todas estas buenas mozas, habituadas á una existencia trashumante, han perdido la noción del hogar, y se han encariñado con su condena á trabajos forzados de alegría. Adquieren—no lo has visto?—una especie de indiferencia cínica que, con el tiempo, se convierte en algunas, por obra y gracia de la costumbre, en aptitud artística, para los movimientos voluptuosos y las coplas picarescas.

conmover. Acarician y miman—¡vaya si nó!—á sus pequeñines, y aseguran que por ellos están en el teatro y estarán en presidio si es forzoso, para que sus ángeles no sufran. Y.... tal parece que estos parlamentos, más aprendidos que sentidos, son la recitación de una tirada de ternuras en la que, por intervalos, se oye la voz del apuntador. Hay exageraciones de mimica, frases declamatorias extraídas del *repertorio grande*, y acomodadas á la situación.... todo un arsenal de recursos dramáticos. El natural sentimiento del amor aparece en ellas disfrazado de opereta para llamar la atención, meter ruido y embaucar á candidos y sensibles. Aman á sus hijos, á su manera, á tontas y á locas. ¿Y qué culpa tienen? Se les ha pegado el artificio, y en fuerza de vivir entre telones y bambalinas, adquieren una enfermiza y extraña precipitación para ejecutar todo acto de la vida, como si oyesen de continuo y en cualquier parte la llamada insolente del traspunte.

Yo sé muchas cosas de éstas porque en mis truhaneos y vagabundeos, no ha faltado su episodio *lessa-giano* de cómicos y busconas.

El caserón aquel que habité hace siete años y que tú conociste era una *hampa*. ¿Lo recuerdas? Tenía sus vericuetos, sus escondites, sus escaleras secretas, sus pasillos que semejabán encrucijadas, sus corre-

Son madres, si que lo son; y hasta se sacrifican en ocasiones, por sus criaturas, con un heroísmo más vistoso que real, es cierto, pero que no por eso deja de ser

dores que en pleno día, daban la impresión de catacumbas, y después de todo, su patio de claustro en ruinas, con arcadas severas, columnas de fustes ensalitrados y morroñosos, cornisas de parásitas y una fuente seca en el centro, junto á la cual un árbol, de tronco arrugado, abría su gran copa de un verde tan fresco y jugoso, que parecía imposible que en tierra tan árida pudieran hacer tal maravilla las raíces. Pero así como Theo dice que los árboles impiden ver el bosque, yo te aseguro que los habitantes no dejaban mirar la casa: era un hormiguero de gente del pueblo abajo, y arriba una nidada de estudiantes, de cómicos, de músicos de la murga, de militares y de oficinistas de última clase. ¡Cómo diablos fueron á dar allí los cantantes menores de la Compañía Sieni?

Ya se ve; los alquileres eran baratos, y el ahorro es una inflexible línea de conducta para esas pobres medianías que se atreven á atravesar el Océano. Año por año, en la temporada de ópera, eran huéspedes segurísimos segundos tenores, segundos baritonos, comprimarias, cuerpo de coro y bailarinas. Tomaban los cuartos más feos, las habitaciones más oscuras y húmedas, las que nadie quería por más que fuese inconcebible lo infimo de la renta. Los viejos vecinos al oír los gritos, de un italiano crudo y áspero, que indicaba á leguas lo bajo y grosco de su origen, solían exclamar, sonriendo, como quien se propone asistir á un regocijado espectáculo:

—Vamos! ya se ocupó la *pajarera*.

Yo era un pájaro intruso de esa jaula, un pájaro que no cantaba, por supuesto; pero que iba de aquí para allá, parlotando medias voces de la *divina lengua*, barajadas y revueltas con los más exquisitos disparates. Las bailarinas y muchachas del coro, gustaban de reirse de mí, á carcajada abierta, cuando me ponía á charlar, con una desvergüenza inaudita en el *volapük*, que había compuesto para mi uso particular. A esta desfachatez que muy claro mostraba mi desparajo y mi falta de escrúpulos, debí, probablemente, la confianza que, á poco andar, adquiría, entre la *bande joyeuse* del *Signor Sieni*. Ellas, avaras, calculadoras y vulgares, conteniendo, sin lograrlo á veces, los ímpetus pasionales de la raza, que las obligaban á encapricharse hasta la locura, por unos cuantos días, con el amor efímero, despojado de alas y de carcaj, que se entretenía en cambiar no cerezas como el de la fábula sino monedas, por besos y caricias.

Ellos, egoistas, coléricos y brutales con sus compañeros de oficio, cínicos y encanallados; todos, *ellos y ellas*, de apariencia amable, decidores, risueños, complacientes, cómicamente afectuosos; algunos, buenas cabezas de estudio, de fisonomía nerviosa y movable, y de ojos expresivos, veneros de claridades interiores cual si á cada momento las pupilas, heridas por la luz, chispeasen, como el hierro en el yunque.

Entre una de estas familias nómades de la bohemia lírica, ocurrió, la «ventura Anda; haz un esfuerzo de memoria ¿Estamos en Enero? Pues hace siete años precisamente. Eras mi jefe en *El Siglo*. ¡Qué tiempos! ¡Qué sueños! ¡Qué derroche de juventud y de alegría! Muy de mañanita, frente á la gran ventana, llena de cielo, tú, en un extremo de la colosal mesa de tapete verde y polvoso, yo, en el otro, tú escribiendo editoriales y yo crónicas, entre aquel endiablado ruido de martillos y cobres de la herrería vecina, cambiábamos intimidades y secretos. A período terminado sobre la cuartilla, confidencia rehecha en el palique. Y el hilo de oro de la charla enredándose, como en inquietos devanadores, en el artículo político y el *entrefilet* de crítica. Busca, busca entre tus recuerdos. ¿Por qué locura me has regañado más, joven abate? ¿Qué he hecho yo de menos cuerdo á tu parecer, severo analizador de conciencias? ¿Busca, busca alguna de mis insensateces. ¿No das con la más grande? Bueno, pues te ayudaré. Acuérdate del *italianito*. ¡Ajá! Te sonriés: y sabía yo que esa iba á ser tu respuesta.





Déjame refrescar este suceso, me hace bien contártelo, estoy mirando que has olvidado los pormenores, y además, experimento, cuando vuelvo á él, una sensación de consuelo semejante á la que me produce ver mis premios de escuela, releer mis primeros versos, y abrir el estuche en que conservo el retrato de mi madre.

En el elenco, Emma venía anunciada bajo este título, en letras carmesíes: *otra mezzo soprano*, y Antonio: *segundo tenor*.

Emma, alta, elegante, airosa; cabellos rizados y castaños; semblante de palidez de marfil, boca desdeñosa, ojos claros y mansos en perpetua mirada de ternura. Antonio, hombre hecho, erguido, flaco, de larga levita romántica, testa nazarena, de cabellera lacia, en alboroto bajo el sombrero napolitano; cara morena de perfil numismático.

Desde que llegaron á la casa, los vi entrar y salir juntos. Casi nunca se separaban. De vuelta del ensayo, al medio día, ó al salir por las noches, antes de las ocho, para la función, pasaban junto á la puerta de mi cuarto. Iban juntos, prendidos del brazo y de la mirada olvidados, al parecer, de todo, con una lentitud de *duo* final que, la primera vez mientras se alejaba la pareja por el angosto pasadizo, me hizo exclamar con burla: "Vamos: qué parodia de *Otello*..... *Vien! Vénere splende!*..... Telón lento."

Ellos eran los únicos que pasaban así, silenciosos y enamorados, entre la batahola y alharaca de vecinos y compañeros. Deveras que llamaba la atención su gravedad en el bullicio de la *pajarera*. A las tres de la tarde, por las flojas baldosas del corredor, sonaba un redoble de tacones, con acompañamiento de risas agudas y picadas, de tarareos extravagantes, de gritos y exclamaciones, y, á poco, por las vidrieras de mi tugurio, cruzaba una procesión de siluetas chinescas, un rápido desfile de figuras en negro, como esas que los prestidigitadores fiugen, con la sombra de las manos, sobre un lienzo iluminado. Me levantaba de mi mesa de trabajo, cerraba el libro, y me iba á saludar á mis amigos. ¡Oh, la algazara de la jaula, los preparativos de la comida, los cuentos y los chismes de bastidores!

Y allí supe la historia. Emma y Antonio estaban en la luna de miel de un amor delirante que había comenzado en Italia y que, aprovechando la oportunidad de una contrata, venían á ocultarse en América. Eran de Nápoles Antonio, casado, con hijos, se enamoró de Emma, su prima. La joven de la clase media, vivía modestamente con su madre; tenía dos hermanos, oficiales de la marina italiana, casi siempre ausentes, en el mar. Era una niña: diez y siete años. Antonio la vio crecer, desarrollarse, hacerse bella, fuerte, tal como estaba ahora; y el amor de Antonio crecía á par de Emma; era un amor en la plenitud, insaciable, ardoroso, que acabó por hacerle olvidar todo deber, toda preocupación, toda consideración, y dejar á su esposa, y á sus hijos, y á su patria, para vivir con esta muchacha que lo había enloquecido. Y como dentro de cada napolitano hay un cantante, ellos se engancharon á la Compañía de ópera, no para lucrar ni para adquirir fama y gloria como los otros, sino para poder amarse lejos, libres y olvidados, en medio de las agitaciones del teatro, tal como si estuviesen en una isla desierta.

Emma estaba radiante de felicidad; muy bien lo había visto toda la *troupe*, durante la travesía, en aquellas noches azules en que, sobre cubierta, sorprendieron á la *otra mezzo soprano* en pie, con los brazos alrededor del cuello de su amante, suspendida de él, en un beso interminable, cuyo rumor apagaba el canto melancólico de las olas.

El relato, entre burlón y dramático, salpicado de malicias y de ironías, me interesó. Coristas y bailarinas se arrebatában la palabra delante mí, en actitudes cómicas y con movimientos de araña, contándome á su modo, lo que cada cual pensaba de los misteriosos enamorados.

Y una noche, en el segundo entreacto del *Fausto* me

dirigí al foro del Nacional y me hice presentar á la pareja—Emma, un delicioso Siebel, adolescente y cándido, y Antonio, uno de los encorvados y barbudos viejos de la *Kermesse*.—Les hablé—¡qué sé yo!—mil y tres banalidades, me ofrecí como vecino suyo, y, al terminar la ópera, vinimos juntos á casa. Al principio, los ví recelosos, desconfiados, con una contrariedad que les salía por los poros y que yo procuraba calmar con la franqueza de mi carácter: pero después, mis saludos graves, mis pláticas de cinco minutos, y mis galanterías y mis ceremonias, se fueron tornando, como era natural por el trato diario, en una tranquila y respetuosa confianza.

Domé á las fieras. La tarde en que Antonio llamó á mi puerta, y con voz insinuante y suave me convidó á comer, tuve un mal disimulado acceso de alegría. Fui con él: y allí acabé de conocer el secreto: No vivían solos, los acompañaba la madre de Emma que no salía jamás de su rincón.

De vecinos pasamos á amigos y de amigos á camaradas.

En la habitación, pobre, un poco súa, como la de todos estos *artisti minori*, de paredes desnudas, camas de campaña desarregladas, sillas viejas y co-

rrientes, y una mesa de palo, cargada de restos de viandas, papeles de música y botellas vacías, me pasé las horas más deliciosas de mi juventud.

No por ellos... ¡quién ellos se iban al ensayo, ó de paseo, ó á cualquier parte, prendidos del brazo y de la mirada, y yo me quedaba con la *mama*, una viejecita toda blanca, de fisonomía purísima, unciosa y demacrada, nariz gruesa, boca de labios delgados, dolorosamente risueños, y ojos grandes, tristes, de un verde pálido, como dos gotas de agua del Adriático iluminadas por la luna. Por no sé qué asociación de sueños místicos, la *mama* me recordaba á León XIII; algo había en aquel conjunto del anciano piadoso y santo que años más tarde hizo atravesar Bourget, como una inmaculada epifanía, por uno de sus libros más dolientes. Llegué á ser inseparable compañero de aquella viejecita, toda blanca. Olvidado de las conquistas fáciles y de las compañías bulliciosas, me enamoré de aquel rincón de hogar, el único de la *pajarera* adonde no llegaba el hábito perturbador é impuro del deseo.

Día por día, entreabrí la puerta, preguntando:

—¿*Qui fa la mama?*

—*Prego*....

En efecto, en la penumbra, junto al muro, sentada

en la silla baja, con el rosario entre las manos y la cabeza abatida sobre el pecho como si la abrumase una infinita pesadumbre, la pobre vieja rezaba, con una fervorosa devoción que solo he visto en las mujeres italianas, y las oraciones que yo sorprendía, en un instante, dichas en voz imperceptible, se rompían en sus labios para contestar á mi pregunta:

—*Prego*....

Y alzaba la frente, y sonreíame con una apacible dulzura, tan impregnada de melancolía que removía en mi ser, un sentimiento vago y delicado, de piedad filial.

La confidencia principiaba siempre, serena y suave, por el recuerdo de la patria. Yo procuraba consolar aquella desolación, obligando al pensamiento á acariciar cosas amadas y lejanas: el Golfo azul y centelleante, el Posilipo paradisiaco, las rojas iluminaciones del Vesubio, las calles y los templos de Nápoles; narraciones ingenuas, nimiedades sencillas pormenores insignificantes llenos de interés. Toda esa filigrana de detalles que en *pauca meae* guardan las almas buenas que han amado y sufrido mucho.

Y la voz de la *mama*, pausada, con vibraciones de cristal, tranquila y dulce como un cántico, entretendida con suspiros, pronunciando palabras toscanas, aladas y sedenas como las palomas, era una mágica evocación de mis sueños ¡Oh, qué delicia aquella; semejante á la del monje que oyó contar al ruiseñor siglos y siglos!

Mas cuando, de improviso, al tocar un recuerdo doloroso, la memoria retrocedía espantada ¡qué veladas amarguras, qué reticencias pudorosas, qué ocultamientos y escondites para no dejarme ver las secretas heridas del corazón!

Luego, la plática descendía á lo presente, á sus hijos, á los jóvenes y arrogantes marinos, cuyas cartas me enseñaba la anciana para que las leyéramos juntos, y deletreando y ella, con los ojos muy brillantes, muy fijos sobre el papel, como si mirase, en una soberana alucinación el buque en alta mar, desde donde dos oficiales, agitasen sus pañuelos, a la sombra de la *mama* entrevista en la diafanidad del horizonte.

De Emma hablaba poco, pero con lástima, misericordiosamente, en un tono de reproche, casi de disgusto, que dejaba asomar á los labios el acibar de un desencanto. Emma era caprichosa, amaba el Arte, y con su primo Antonio, había cometido la locura de hacerse cantante.

—... Pero pronto alcanzará la gloria *mama*, está muy joven

Y con un mohín de incredulidad y de escepticismo, la vieja me contestaba:

—Bah...! la gloria....

Hasta que al fin una noche en que se prolongó por muchas horas mi visita, y la conversación se hizo más cordial, más íntima, como si fuese un diálogo de latidos, de corazón á corazón, la *mama* excitada, nerviosa, estremecida por los sollozos, ahogada en lágrimas, con los brazos torcidos y las manos crispadas, en un arranque de angustiosa desesperación, no pudiendo ya contenerse, me confesó todo, la seducción de Antonio, la caída de Emma, su fuga, porque esta era una fuga un pretexto para huir y ocultar la vergüenza y el delito de una pasión sensual. Era cierto: allí quedaban, en Nápoles, la esposa entregada á su despecho, los niños abandonados, el hogar vacío, y en el duro servicio de la escuadra italiana, los dos honrados muchachos, que creían en la vocación artística de la *sorella* y esperaban que volvería triunfante y celebrada. Ella había seguido á los amantes obligada por el amor y la necesidad, incapaz para resistir la ausencia de su hija, prefiriendo verla así, encadenada á la deshonra, á no verla, temerosa de perder para siempre á esta mala



niña, sumisa al pesar, afligidísima, inconsolable. Y con un acento más triste, más conmovedor, más doloroso, me repetía, como si no estuviese segura de que yo estaba comprendiendo su desgracia:

—Va á ser madre, amigo mío, muy pronto va á ser madre.

Ya había yo oído el rumor en la *pajarera*. Se contaba á *sotto voce*, en el coro malevolente, la noticia. La joven napolitana no podía ocultarlo. En el teatro mismo se le notaba. Y fué preciso retirarla del trabajo.

En quince días no salió más. Escondida en el rincón de su lecho, esperaba la vuelta de Antonio, con una ansiedad apasionada, que irritaba á la *mama*. Debía Emma de sufrir mucho con los reproches, porque, cada vez que entraba yo á verla la sorprendía llorosa, y hasta me pareció que mi visita interrumpía siempre una escena de borrasca.

La noche del alumbramiento, poco antes de las doce, Antonio llamó á mi cuarto; me despertó á gritos, llorando como un chicuelo; Emma está mala, muy mala, se nos muere.

Y corrimos por la profesora, y por el médico y por las medicinas, desalados, contando los minutos, creyendo que una tardanza podría acarrear la muerte, con el pánico de una próxima catástrofe.

No, no; al amanecer, la otra *mezzo soprano*, dió á luz un niño; y como yo esperaba recargado en el barandal del corredor, el resultado, verdaderamente inquieto y molesto por los desesperados quejidos de la enferma, Antonio, para darme la nueva, salió á verme, menos intranquilo, pero mucho más abatido.

Sombrio, con los brazos cruzados sobre el pecho, monologando con sus reflexiones, exclamaba alzando los ojos al cielo que comenzaba á teñirse de un pálido rosa, en un raptó de superstición italiana y con el fervor de quien tiene costumbre de recurrir á la religión en los supremos trances:

—¡Ah! *Madonna mia*.

Lo obligué á que me comunicara sus cuitas. En ese momento estaba como arrepentido, y su deseo era volver á Italia, volver; era forzoso que Emma y él volviesen á Nápoles, cada quien á su hogar, á su familia, á su deber; hacia tiempo que acariciaba la idea y que buscaba medios de realizarla. Llegar, sin que nadie se apercibiese de su falta, llegar á convencer á su esposa y á besar á sus hijos, y obligar á Emma á que hiciese lo mismo con sus hermanos; un engaño benéfico, una separación necesaria una reparación justa. Atar los rotos estambres de la vida, con cuidado, con sumo cuidado, de manera que ninguno notase el sitio en que los cortó, locamente, una ciega pasión. Y ahora ¿cómo lograr eso? ya estaba ahí el niño, el obstáculo, el que impedía todo plan, el que echaba por tierra todo proyecto, el que hacía imposible toda ocultación. En el fondo de estas lamentaciones adiviné una perversidad no muy clara porque se envolvía en sutiles velos bondadosos, pero, aunque imprecisa, bastante sensible á la observación. Aquel hombre era un egoísta y un tímido. Le faltaban resolución y generosidad: quería ser amante, más tal vez por sensualismo que por sentimiento, pero le horrorizaba la carga de la paternidad en tales condiciones.

Y en un instantáneo golpe de piedad, sin darme cuenta de ello, entre indignado y enternecido, le propuse: —Déjeme usted al niño.

Antonio me vió intensamente, con mirada interrogativa, sorprendido por la solución que yo daba á su problema y al cabo de un instante me respondió con desaliento:

—Es usted muy joven.

Y qué? Tanto mejor, Antonio, para el caso. Sin obligaciones, sin compromisos.—Me puse á hablarle desalentado y febril. ¿Le convencí ó se dejó convencer? ¿Fué una red la que me tendió ese miserable? No me importa. Obré, por un impulso, viejo en mí, de compasión hacia los débiles, exacerbada por el recuerdo de mi niñez un poco triste.

Convenimos en que yo sería el depositario; un pacto honrado; recojería al recién nacido, lo tendría conmigo, y más tarde, cuando ellos lo creyeran conveniente, se los devolvería sin más requisitos.

Fuí á tenderme en mi cama, sin dormir, alarmado por mi audacia y un tanto disgustado de la existencia. No conocía aún al chico y era ya mío. me lo pasaban como un fardo ¿Sería posible? ¿Aceptaría la madre esta iniquidad?

Si; me lo dieron; llegué por él, lo extraje del regazo materno, mirando la cara de Dolorosa de Emma, interesante de palidez y resignación, con las pupilas lucientes á traves de las lágrimas, y los labios exangües y temblorosos. Un ímpetu de resistencia, un grito ahogado, la voz imperativa de Antonio ordenando la *niobra*, la *mama* en un ángulo de la pieza, vuelto el rostro á la pared, en un mudo y colérico reconcentramiento, y yo llevándome el *obstáculo* aquel pobrecillo que no tenía fuerza ni para llorar, y que, á semejanza de los hongos, nació, no de entrañas humanas, sino de la tierra y abandonado.

Tú sabes lo que sucedió, ¿no te lo dije? Le compré cuna, le busqué nodriza, me hice un maternal, un metódico, un bueno. El niño, mi perro,—el mastín que me regalaste—y yo, formamos la familia más dichosa del mundo. La *pajarera* me tuvo envidia. Las bailarinas se acercaban á mi habitación cuchicheando, y se alejaban contentiendo la risa; tú me reprendías mis extravagancias, el Universo se me venía encima, pero yo me sentía feliz, te lo juro, con mi calaverada.

Visité á los amantes, pero ellos no me visitaron; los primeros días, al verme, me asaltaban á preguntas; en seguida fueron serenándose, y cuando la enferma pudo levantarse y me rogó que la llevara á contemplar á su hijo, la *mama* la retuvo con violencia, y Antonio—¡no!—le dijo con un agrio gesto.

Emma, con una pasividad desconsoladora ya no hizo resistencia; tentado me vi á devolverle á la criatura, se lo indiqué; pero la mujer, tras un rato de reflexión exclamó:

—Se lo dejó usted, cuidelo mucho; es muy hermoso, no podemos llevárnosle, quién sabe si más tarde....

Y en los momentos de preparar el viaje para la Habana, arreglando las maletas, rotulando los baules, en el trajín escandaloso de la Compañía en marcha, se despidieron de mí, entre el alboroto de los compañeros alegres, y me hicieron mil encargos, y me abrazaron efusivamente, y me llamaron su salvador, y santificaron mi conducta, y me bendijeron.

—Regresarían á vernos, muy en breve; ya no podrían vivir sin nosotros. ¿Entrar á ver al niño? ¿Para qué esa tortura? Lo llevaban en el corazón. Emma dirigiendo la vista hacia mi cuarto y enclavijadas las manos murmuraba:—*Angelo mio*.

Los dejé al pie de la escalera; subí, y al levantar las cortinas de la cuna, noté que el abandonado, no dormía; miraba con la vaguedad conmovedora de los recién nacidos. Su cabecita de nácar, cubierta de una ligera peluza de oro, se destacaba en la blancura de la almohada.

Y forjándome la ilusión de que me entendía, me incliné para decirle:

—Ahora sí; ya estamos solos en la *pajarera* amiguito. ¿No es verdad que prefieres esta alcoba á la Casa de Expósitos?

—¿Y tu *italianito*?—solías preguntarme en la redacción, muy de mañana, mientras tú forjabas editoriales y yo afiligranaba crónicas?

—Oh! famoso; rollizo, gordo, sano; en camino de ser un grande hombre.

Al cumplir el muchacho cuatro meses, consideré que mi propiedad estaba asegurada. Y no; las cartas mentían; las cartas en que Emma y Antonio me hicieron el regalo, eran unas embusteras; las cartas aquellas con recortes de periódico y reseñas de triunfos artísticos, y halagos y promesas, y al final tres *patas de mosca* de la *mama* me engañaron.

Un día se presentó Antonio en el *Siglo*—¿Cómo? Ya de vuelta?

—Sí; nos vamos luego; hemos formado una Compañía lírica para recorrer la República....

—¿Luego no volverán ustedes á Italia?

—Por ahora, no....

Y fué insinuándoseme, envolviéndome en su *vaquiavelismo*. ¡Ah, hipócrita! Venía por el niño... y que había de hacer? Se lo entregué. Mi contrariedad se asemejó á un sufrimiento. Me acostumbre, en esa época, á poseer algo, á cuidar algo, á contestarte cuando me hablabas de tus hijos—¡qué tontería!—con la confianza de mi *italianito*.

Al saber la verdad—no falta nunca quien se apresure á darnos las malas noticias—me enfurecí; me habían quitado al inocente, por lucro: se lo entregaron á un rico, extravagante como yo, por no sé qué cantidad para formar la Compañía lírica. Se hacían empresarios á costa de una infamia. Pero, señor, gestos eran padres ó comprachicos?

Pasó la onda de ira, y ya en calma el espíritu, pensé: hicieron bien; se conoce que, aunque poco, se preocupan por el abandonado; lo llevan á donde tiene más bienestar y más porvenir. Han exprimido sus almas y ha brotado una última gota de amor. Buscándole el sendero para la felicidad, á falta de calor de cariño suyo, le dan lujo ajeno. Menos mal.

A mis oídos llegó el eco de la fiesta; el bautizo del muchacho. Las hadas de los cuentos lo llenaron de dones. Se deshicieron perlas en las copas de vino. ¿Quiénes se presentaron por sus padres? Lo ignoro; más sé lo que necesito; que Emma y Antonio no estaban allí.

Me guardé mi desengaño en el arca de las chucherías viejas, de las ilusiones rotas y de las esperanzas aliquebradas, y camina que caminarás, seguí viviendo.

Algunas veces, durante dos años, vi en la Reforma, al rico burócrata y á su mujer en carruaje abierto: Exhibían al chico en un florón de encajes y de sedas. Me consolaba; yo no hubiera logrado jamás vestirlo así.

Y me reconciliaba con los napolitanos, de quienes sabía que cantaban óperas vetustas en provincias, que Emma hacía furor en *Norma* (Oh *Norma* interpretada por la *otra mezzo soprano*, la hija del jefe de los Druidas, la heroica madre) y que seguían amándose con el mismo sensual ardor, como si llevasen inextinta en el corazón, lava del Vesubio.

Y una ironía me retozaba en los labios:

—Está bien, enamorados impenitentes; á tirar hijos al arroyo!.....

¿Lo crearás? No hará seis meses he vuelto á ver al *italianito*. ¡Qué cambio! El rico burócrata murió; y la viuda está muy pobre, muy pobre: en la miseria. Va por esas calles con la falda raída y el tápalo descolorido. Lleva de la mano á un niño, á un rubito de cara pecosa y ojos tristes, de un verde pálido, como dos gotas de agua del Adriático, iluminadas por un rayo de luna. Con la boina grasienta sobre la cabellera sucia, el vestido manchado y con desgarrones, las medias agujereadas los zapatos torcidos, parece un mendiguillo.

Me enternecí; á ti te habría pasado lo mismo; tuve deseos de acercarme á ellos y preguntarles y socorrerlos.

Pero la señora parece muy altiva y, luego, me contuvo un pensamiento súbito: ¿Qué diablos voy á decirle? Tal vez el niño nada sospecha; y es feliz y se siente amado. ¿Para qué acercarme? ¿Qué voy á darle? Sí ya tiene lo que le faltaba: ya tiene madre.

Y he aquí, mi buen Carlos, joven abate, severo analizador de conciencias, lo que tu frase, que encierra tanta amargura, me trajo á la memoria, hoy, seis de Enero, noche de Reyes, en las *tandas* del Principal.

Noche de Reyes! Tus hijos, que va son huérfanos de caricias santas, porque la bella y dulce alentadora de tu juventud te dejó en medio de la *selva obscura* duermen y sueñan. La abuela á esta hora, ha puesto un juguete en cada zapato.

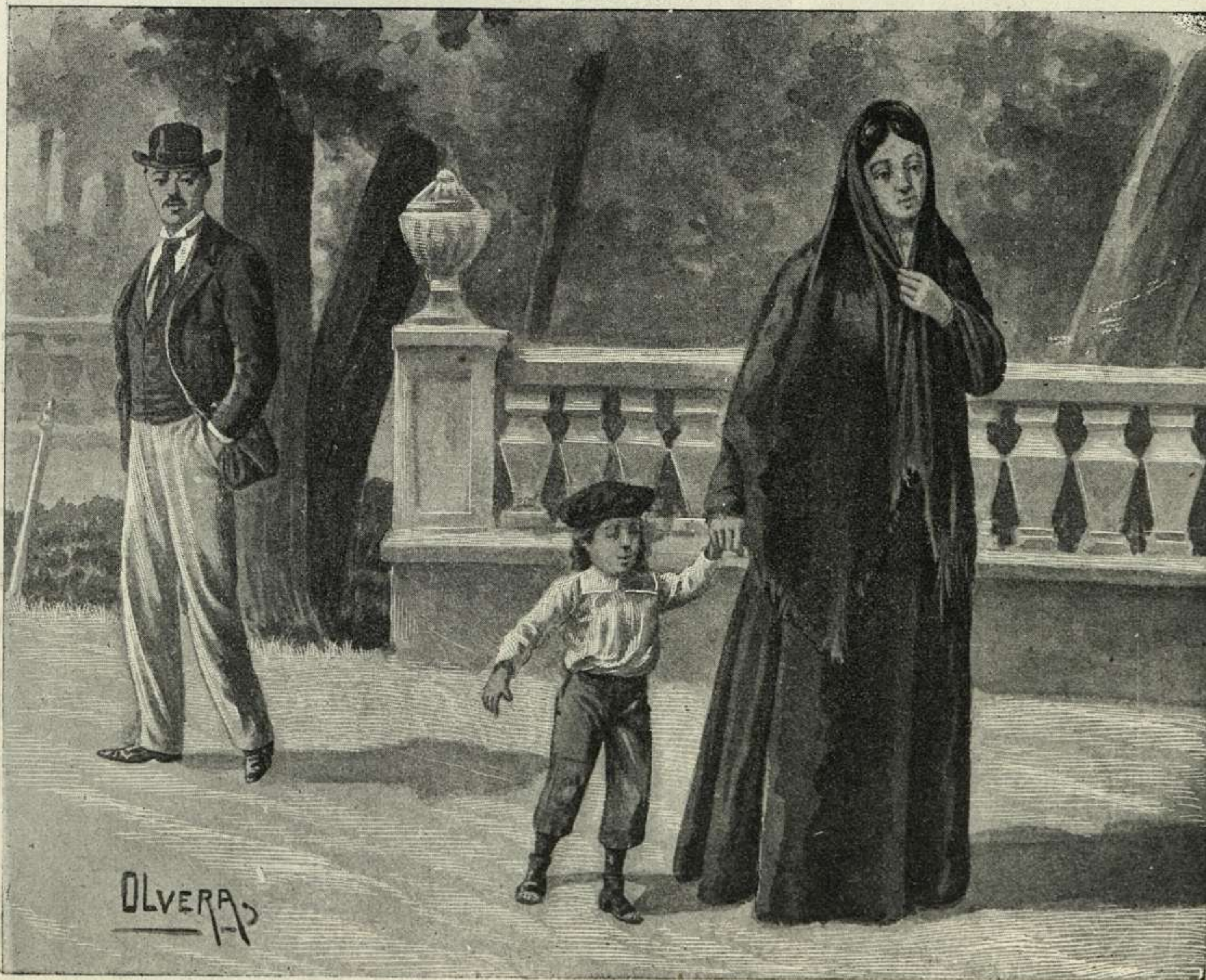
En la atmósfera azul hay alateos: esta noche, los ángeles abren las ventanas y los balcones de las casas que tienen niños, para que los Magos depositen sus presentes.

Quizá el *italianito* haya puesto también su burdo y roto botín. Amanecerá con su regalo.

Sólo á estos pobres chiquitines amodorrados es probable que no les visite el cortejo celeste. Al acostarlos cuando los desnuden á tirones, no les dirán que deben dejar en el balcón un zapatito.

—Pobrecillos; son hijos de cómica!.....

Francisco Martínez



AURORA

Huye la sombra! El pálido horizonte
De ondas de luz purísima se anega,
Y por encima del andino monte
La hermosa rubia á sus dominios llega

Y se mece en hamaca de neblinas.
Casi desnuda en el azul del cielo,
Desgarrando sus gasas purpurinas
Sobre los blancos témpanos del hielo.

Mece el árbol la copa somnolenta;
Las hojas lucen brilladora escarcha,
Y allá arriba, do rugen la tormenta,
La luz prosigue su infinita marcha.

De la choza del rudo campesino
Como buscando incógnitas regiones,
Suben en impalpable remolino
Con el humo sutil, las oraciones.

Yérguese el toro en la feráz llanura
Con el testuz cubierto de rocío;
Blanco vapor de su nariz obscura
Brota y se expande en el ambiente frío,

Y muge. . . de la límpida mañana.
El aire fresco sus pulmones hincha.
Mientras que el potro en la extensión lejana
Revuélcase, incorpórase y relincha.

Tiemblan los nidos! las desnudas rocas
Dóranse al esplendor de la alborada,
Y abren las nubes, como azules bocas.
Franjas de cielo en la extensión callada.

Entre las ramas del follaje umbrío
Frasas de amor arrullan las palomas,
Y en el césped cuajado de rocío
La flor revienta en explosión de aromas

Zumba el insecto; la sonora fuente
Murmura alegre y su raudal dilata;
Y rugen altiva, en rápida pendiente,
De peñón en peñón la catarata.

Hinchase el lago á la primer caricia
Del aura flébil que en los juncos ora,
Y saborea, con sensual delicia,
Los castos besos que le da la aurora.

Allá léjos, soberbio y palpitante,
Lucha el mar con las rocas de granito;
El mar! ese colérico gigante
Que amenaza y atruena al infinito!

La violeta se esconde, y ya despierto
Se empina el girasol, ríe la rosa,
Y parece el clavel, rojo y abierto
Ascua movible entre la selva hojosa.

Y en tanto que sacude el ala fría
El céfiro en el cáliz de las flores,
Parece el bosque al despuntar el día,
Jaula inmensa de alados trovadores.

Teñidas de carmín y de topacio
Flotan las nubes en la aguda sierra:
¡Todo se baña en luz en el espacio!
¡Todo respira amor sobre la tierra!

Ya tras el ancho cortinaje denso
De blancas nieblas y opalinas brumas,
Asoma el sol en el espacio inmenso
Cual barco de oro en piélago de espumas

Y se eleva dorando los pensiles
Que esparcen sus balsámicos efluvios,
Al descender sus rayos cual sutiles
Hebras flotantes de cabellos rubios.

Y avanza! avanza! y las inquietas nubes
Al recoger los gayos esplendores,
Se convierten en pálidos querubos
Que á hundirse van en mares de colores.

La aurora tiembla! el sol la mira y posa
Un ósculo en su cuerpo nacarado;
Ella lo envuelve en su fulgor de rosa
Y se extingue en la hoguera de su amado.

JULIO FLÓREZ.

NO SE DECIRTE MAS.

Gloria tiene que haber mientras aspiras
Al bien eterno que alcanzar esperas;
En el mundo hay amor mientras tú quieras
Y en el cielo habrá luz mientras tú mires.

Las puras auras, mientras tú suspires,
Besarán á las flores hechiceras,
Y habrá virtud hasta que tú te mueras,
Y habrá belleza mientras tú no expires.

Que por tí, que eres causa del anhelo
Que siente por la gloria el alma mía,
Tienen el pecho amor, dicha y consuelo,

La noche estrellas, claridad el día. . .
Y si no hubiera por desgracia un cielo,
Cuando murieses tú. . . ¡se formaría!

FELIPE URIBARRI.



¡Castigada!

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 7.

Usted habla solo, mi querido huésped, dijo la señora Fourchamps, pero habla usted bien. Es usted un benefactor de la humanidad pero no tenía yo necesidad de salir á sufrir para proclamarlo.

—Justo es confesar que todos esas gentes viven de mí.

—Es la ley del mundo, contestó gravemente la vizcondesa. La felicidad de los pobres es que hay ricos que les den pan.

—Pues yo me atrevería á creer, dijo sonriendo Puymafray, que ellos se la pasarían mejor sin nuestras bondades que nosotros sin su trabajo. Convengo, Domingo, que sin tí, Francisco Baty que esta arrojando la sangre en estos momentos, tendría con sus compañeros que buscar otro empleo á su actividad, pero allí está la tierra que no se rehusa á nadie. En cuanto á mí, pienso que mis arrendatarios podrían prescindir de mis liberalidades, en tanto que yo me vería bien apurado sin sus rentas.

—Mutuamente se ayuda uno, replicó el industrial enfadado. Por otra parte, tú no haces nada, mientras que yo trabajo y no me quejo.

—Seguramente porque trabajas menos y ganas más.

—Pero yo dirijo y mando.

—Hay tantas maneras de mandar!

—Exijo la obediencia pasiva.

—Es la más sencilla, pero ya los hombres empiezan á razonar.

Sé mejor que ellos lo que les conviene y sobre todo lo que pueden alcanzar.

—No siempre serán de tu opinión.

—Lo que no prueba que sea yo el equivocado. Los oigo siempre con paciencia, y á veces hasta explico á los más inteligentes lo que hago, cuál es mi trabajo que resume el de todos ellos á la vez, sobrepasando las catorce horas de que ellos se quejan. Les demuestro mis riesgos allado de su irresponsabilidad, y los dejo confundidos. Cuando me vienen con lo de sus sindicatos les digo: hijos míos, no es lo que ustedes creen. Cuando todos ustedes esten asociados contra nosotros, nosotros nos asociaremos contra ustedes y siempre seguiremos siendo los más fuertes. Ellos bajan la cabeza.

—¿Y cuando la levanten?

—Habrá llegado el momento de que la sociedad se proteja por sí misma. Hay medios para eso.

—Oh, papá! dijo Claudia, no te creo capaz de ir á buscar soldados con fusiles cargados, contra esas buenas gentes.

—Me daría pena como á tí: pero ya comprenderás que la fuerza es la última razón en las cosas de este mundo. Las pobres gentes como les dices, no tienen más que someterse.

—Sin eso, dijo la vizcondesa, vendría la ruina social. Debemos defendernos.

—Yo no sé que será lo justo, dijo Claudia, pero sí sé que no quiero que se mate á nadie por mí.

—Tu padrino mismo que es un filántropo, te dirá que no se puede vivir sino á expensas de los demás.

La tarde pasó sin alegría por la obsesión de la fábrica. Harlé viendo de su parte á la vizcondesa se obstinaba en predicar á Claudia bajo el pretexto de convencer á Deschars ó á Puymafray pués había emprendido con método la tarea de curar á Claudia de lo que él llamaba *su sensibilidad*, para que en el porvenir la niña fuera una gloriosa hija de los más fuertes. Por eso le había abierto antes de tiempo las puertas de la vida mundana, para que el nacimiento de sus ambiciones fuera prematuro y aparecidas estas, él tenía en la manos para levantarlo oportunamente, el telón de las futuras grandezas. Mientras, cuidaba de precaver á Claudia contra la *pobreza de espíritu* del padrino, y desarrollaba sus tesis sobre la lucha por la vida, donde solo hay vencidos y vencedores. El quería ser de estos. Solo Puymafray le combatía valientemente y á veces por malicia invocaba el auxilio de la vizcondesa que se veía en apuros. Claudia oía y exponía sus dudas.



—Esas gentes, dijo una vez la vizcondesa, son groseras, no lo negaréis, son extrañas á nuestros refinamientos de penas y de placeres, y no sienten la desgracia ni la dicha como nosotros. Son otro mundo.

—Será? Mis antepasados (si verdaderamente los tuve y no son una fantasía del Caballero Vertpré) tenían disculpa si pensaban así; pero nosotros, después de las lecciones de la revolución, ya podíamos haber cambiado de opinión. Diariamente se hace alguna fusión entre el pueblo y la nobleza, pero Domingo me ha dicho que bajo un cambio de nombres y á través de las revoluciones, una cosa permanece: la unión de los más fuertes. De cualquier punto de la tierra que lleguen, se reconocen, se agrupan, y se instalan sobre los demás hombres.

—Lo bueno sería que hubiera lugar para todos, decía Claudia. ¿Pero cómo? En mis visitas á los desgraciados, los veo resignados como las bestias á los golpes; y otros creyendo halagarme se arrojan á mis pies, pero sus ojos están llenos de rudos reproches, de amenazas oscuras, y pienso que en su lugar yo sería revolucionaria. Cuando me dicen: *sufrimos mucho*, comprendo que quieren decir: dejadnos un poco de lugar al sol. Y quedo descontenta de ellos y de mí, y luego olvidado, comprendiendo que aunque les sacrificara todos mis placeres no cambiaría en nada su situación. Hago bien, padrino?

—Tú no estás encargada de hacer la eterna justicia, pero conserva tus sentimientos de piedad, y tu vida se iluminará, confortándose con los actos de reparación que puedas hacer.

VII.

Sin haber por fin averiguado nada, la vizcondesa resolvió su viaje á París, pero no sin llevar ciertas ventajas.

Sospechando que Deschars sentía por Claudia algo más que amistad, le invitó también á ir á

París con Puymafray; y la precipitación conque aceptó, redobló sus sospechas. Era conveniente observarlo.

Luego dejó Santa Radegunda, entre las más vivas demostraciones de amistad.

Dos días después, el barón Oppert regresaba de sus propiedades de Galicia y como Harlé no aguardaba más que su regreso para volar á París se presentó en el Palacio Fourchamps donde fué muy bien recibido.

Tenía un grandioso proyecto para su fábrica del cual había hablado á Oppert, quien no le ocultó su admiración por el maravilloso esfuerzo pensado. El barón cuya afección ya paternal por la señora Fourchamps llegaba á una confianza admirativa, le transmitió esas confidencias, lo cual no dejó de contribuir para el viaje á Santa Radegunda y para orientarla en sus proyectos.

Quando un hombre, tal como el barón llegaba hasta el punto de considerar igual suyo á Harlé, ¿que seguridad no tendrían los proyectos del industrial? La reflexión favorecida por los ocios del viaje, había fortificado de tal manera las primeras impresiones del financiero, que resolvió invertir en el negocio, con algunos millones que no eran sino cosa secundaria, el concurso sin reserva de todas sus energías bajo el impulso de su voluntad. Harlé por su parte, después de haber sometido al más minucioso análisis cada parte de la combinación, sentía acrecido su ardor con el apoyo del gran Oppert y resolvió pasar al campo de los hechos.

Quando dió parte á Puymafray de que sus grandes proyectos iban á tomar forma, y que el éxito inevitable le iba á poner muy por encima de todos los grandes potentados del capital, Puymafray tembló por el porvenir de Claudia.

Mientras más corriera la loca ceguedad del millonario en pos de los millones sin fin, más se alejaría la joven del sano contacto de la humanidad laboriosa, y más harían presa de ella las angustias del egoísmo mundano. La exclusiva dominación del dinero que es la peor, desarrolla en la personalidad instintos abusivos, teniendo de más corruptor que nulifica la útil salvaguardia del respeto á los otros; y rebajando el aspecto de todo, lo sujeta á precio de tarifa. Así se falsea el espíritu, así se seca el corazón. Enrique no necesitaba más que recordar su juventud, para conocer los peligros á que corría su hija. Intentó hacérselos comprender repitiéndole las cosas ya dichas, renovándole las advertencias, inútiles en tanto que son teóricas, y comunmente tardias cuando puede comprobarse su exactitud. ¿Qué autoridad de acción podían tener á los ojos de una niña ávida de la dicha de vivir, tantos discursos tristes, que le hacían sentir de antemano un amargo desencanto contra el cual protestaba todo su ser?

—Padrino, decía ella, cortando por lo sano. Puesto que yo lo amo á usted, ¿qué más se necesita? Tenga usted fe en mí como yo la tengo.

Puymafray no hallaba qué contestar, porque en efecto no hay nada que decir cuando el sentimiento se ampara de la experiencia para ser conducido por el camino del bien.

Quando Santa Radegunda quedó vacía, todavía Puymafray tardó quince días para desprenderse de aquellos sitios que tanto le recordaban á Clara. Temía ir á París, sin darse cuenta de sus temores, y luego le servía de alivio pensar en que Mauricio era de la partida. Y no porque esperara de su compañero consejo ni socorros, en la imposibilidad de abrirle su corazón, sino porque la fuerza del sentimiento es tal, que la amistad provoca por su sola presencia como el fenómeno de las corrientes de inducción, la unión de las energías.

Cabalgando á través del bosque, ó conversando junto á la chimenea se interrogaban, se examinaban, trataban de sondearse mutuamente el espíritu para averiguar lo que había en los pliegues



más profundos de la conciencia, porque los dos tenían su secreto: el de Puymafray sepultado para siempre en el misterio impenetrable, y el del otro por el contrario, pagando por revelar-se al fin.

Cierta especie de timidez contenía á Deschars, y fué en un paseo á Sablières, cuando le vino el valor de hablar. Esta morada rústica y vulgar que provocó las despreciativas sonrisas de la señora Fourchamps, era una gran construcción sembrada de viñas y de rosales y levantándose en un claro de cesped entre el bosque y el río. Las prolongadas ausencias del amo dejando todas las cosas en el abandono, no habían hecho sino aumentar el aspecto imponente y salvaje del lugar. Esto le agradaba á Puymafray, y por eso y queriendo conversar en confianza, Deschars lo había llevado allí arimado por los espectáculos familiares de la naturaleza que á su regreso le habían parecido tan dulces.

—Mi querido Marques, comenzó, tengo una confianza que hacer á usted y un consejo que pedirle. Me conoce usted desde la infancia, me ha visto crecer entre los campesinos y algunas veces me ha guiado usted con sus afectuosos consejos y me ha iluminado con su experiencia. Acabo de pasar mucho tiempo lejos de usted, pero puedo asegurarle con toda la sinceridad de mi alma, que he vuelto tal como usted me conoció y me estimó.

He visitado muchos países, y si no he aprendido mucho, á lo menos el conocimiento de la vida de la tierra me ha dado una idea bastante exacta de la justa proporción de las cosas. Mi ambición actual es vivir utilmente si puedo, y acaso esto no sea muy difícil apesar de la lucha que hay entre el bien y el mal.

—Lucha encarnizada.

Si: pero una existencia delante de mi. Soy rico, con una fortuna acumulada por gentes laboriosas, y quiero hacer de ella un uso que justifique las economías de mis abuelos, y me propongo que mis hijos, cuando los tenga, sigan en el cumplimiento del deber. Un hogar fundado por el amor, ¿qué, no me ha dicho usted cien veces que es lo más noble de la tierra? ¿Por qué había yo de ser incapaz de realizar este sueño? Sin falsa modestia y teniendo por escudo mis intenciones, me atrevo á afirmar que soy digno de un favorable resultado.

—Bravo! querido Mauricio. No puede usted figurarse lo feliz que soy oyéndole hablar así. Me siento rejuvenecido en usted, sin mis vértigos, tal como debería haber sido en mi juventud.

—¿Y qué añadirá usted cuando le diga que amo á su ahijada y que me ha dado la locura de ofrecerle mi nombre y mi corazón?

—Usted?

—Sí, yo. ¿Esa estupefacción es una respuesta?

—No. Me he sorprendido y eso es todo. Está usted ausente desde hace dos años, conoce á Claudia, es verdad, desde la infancia, pero no había yo notado nunca nada que me preparara para esta confianza. Y he aquí que me cae usted ahora del Himalaya para decirme, «amo á su ahijada» cuando no hace más de seis semanas que

está usted aquí. No me creo con ojos de dormilón, y sin embargo, nada había sospechado.

Esperaba esta observación. ¿Puedo decir si estaba yo enamorado cuando partí? Ni yo mismo lo sé. Una irresistible pendiente me arrastraba y usted no había sospechado nada ni la señorita Claudia tampoco. Con mi aire de aventurero, no soy muy valiente con las mujeres, y el misterio de un sentimiento nuevo, me hace más tímido todavía. Además no he intentado vencerme. El señor Harlé con sus millones, con ideas de grandeza, levantaba ante mí como una barrera impenetrable, y yo temía y temo porque el obstáculo no ha desaparecido todavía, sino que por el contrario ha crecido. La señorita Claudia se ignora así misma y para decirlo de una vez, sus maneras de sentir y de hablar me herían y me lastimaban

algunas veces. Ya había yo viajado, y me resolví esta vez á una más larga ausencia. Y aun que no vengo de pasear por el mundo la tragedia de Werther, traigo el tormento sin tregua del que ha dejado á una mujer muy lejos. Vuelvo á encontrarla, más bella, más noble, con alma y corazón nuevos: y yo que la amo, comprendo que eso es trabajo de usted que tan noblemente se interesa por ella.

—Y ha podido usted aparentar indiferencia, engañarme hasta ese punto y dejar á Claudia misma ignorante de todo?

—He tenido de pronto que desconcertar á la señora Fourchamps, pues si ella se hubiera hecho dueña de mi secreto, me parece que estaría yo perdido.

—Hizo usted bien. Pero me es usted muy caro y mi ahijada también, para que no me sienta yo en la obligación de iluminar su camino. Harlé es una maquina de ambición ciega, lanzada á toda velocidad y que arrolla todos los obstáculos. Usted, pobre amigo mío, ni siquiera es obstáculo á sus ojos. ¿Qué necesidad puede tener él de la rectitud de usted, de su sencillez, de su bondad? El plan de vida de usted, le haría reír. ¿Qué trabajo usted de sus viajes para la ascensión social que él quiere verificar de un solo salto? Es usted un viandante, un inútil, un soñador. . . . Nunca le pediré á usted más sino que se quite de su camino. No digo que pueda obligar á su hija á recibir de su autoridad el hombre que deba ser su marido, pero esto no le obliga á él á aceptar uno que no sea de su agrado, salvo el caso de una gran pasión porsupuesto.

—¿Y ella?

Es preciso conquistarla. Yo que la conozco bien y que la amo, me vería en dificultades para decir cómo. Ella es buena, pero á veces es débil ante el medio funesto que la rodea. Resiste valerosamente, pero luego cede porque el medio es más fuerte que su voluntad. Claudia quisiera por lo comun hacer el bien, y ó no puede, ó se deja arrastrar por las tentaciones de vida frívola que la asedian. Le falta la comprensión del mal que le hacen los millones de su padre y aun el mal que le hace su padre mismo, amándola á su manera.

¿Cómo evitarlo? el amor profundo de los seres que viene de la comunidad de sufrimientos, no corresponde á su edad. Los placeres mundanos atraen á esta niña querida alejándola de los sentimientos naturales á que la llama su corazón cuando le es dado hacerse oír. El mundo será su enemigo de usted, querido Mauricio, como ha sido enemigo mío, porque usted lo habrá adivinado muy bien y aún se lo he dicho así; soy yo quien he cambiado lo que esa niña era en un principio, y no he tenido para eso más que acudir á su conciencia. El egoísmo del mundo no puede arraigar en esa alma generosa, y por desgracia se la ha saciado de todo antes de que pudiera conocer nada ni desear nada. No resta su curiosidad sino el brillo y el ruido de las poderosas amas de la humanidad. He salvado á Claudia sencillamente amándola, y ahora me propongo conservarla. De su parte no abuse usted. En torno suyo están

despertadas todas las tentaciones, y el apetito de las grandes dotes, ha matado en nuestra juventud la ambición de obrar. El buen casamiento es el golpe de dados con que se ganan todas las alegrías que honran, el respeto de los envidiosos y la adulación de los impotentes. La raza de los jugadores es audaz. ¿Es usted de su talla para entrar en la partida? En ese caso estaré á su lado sin vacilar. ¿Cómo se conseguirá que una niña como Claudia pueda sospechar lo que es el amor?

—Ya despertará su corazón.

—Sí, y yo quisiera que fuera al llamamiento de usted.

—¿Quién sabe! El amor puede crear el amor.

—He visto de estas cosas. En Santa Eadegunda la partida sería hermosa; pero en Paris, entre muchos millones y pocos años, no preveo lo que pueda suceder.

—¿Y la fuerza de la verdad?

—¿Y la tremenda potencia de la mentira?

—Por un día.

—Sí, sin duda, pero nosotros no somos de un día.

—¿Y mi voluntad no entra para nada? ¿He luchado durante dos años contra mí mismo para dejarme vencer ahora sin combatir?

—Combatirá usted heroicamente, estoy seguro, y combatiremos juntos y no excusaré los peligros y moriré tranquilo si queda en manos de usted lo que tengo de más caro. Sin embargo, no abuse usted contra las fuerzas del mundo, porque todo se volverá contra usted y quien sabe lo que pueda pasarle á Claudia sin contarme á mí, que por fortuna les tengo tomada la delantera.

VIII

Cuando volvió el Marqués al castillo, las llamaradas del hogar danzaban caprichosamente, arrojando siluetas sombrías sobre las paredes de la sala de piedra, y allí le aguardaban sus amigos Juan y Pedro Zueté y una vez calentados los vestidos y encendidas las pipas, se desarrollaron las nubes de humo y con ellas el ensueño de las horas oscuras.

—Señor Enrique, dijo el contra maestre, no quiso usted el otro día que le acompañara en su viaje á la fábrica.

—Te conozco, Juan, y sé bien que ibas á decir un disparate.

—¡Oh; era muy bello, tenía el patrón un aire muy contento y oí que decía á la señorita: yo hago esto, yo hago aquello, lo cual me hacía pensar por la expresión de la fisonomía, que había convicción profunda.

—Veamos, ya se sabe que el papel no se hace solo y por eso quieres que el patrón hable en plural.

—Si señor, y por eso me extrañó que más comúnmente hablara de sí propio.

—Lo mismo que tú, Juan. Haces vendimiar tu viña y dices; estoy cosechando mi vino.

—Deveras, contestó el otro riendo, no había pensado en eso.

—Ya ves cuánto lastima el egoísmo de los otros.

—Es posible, pero Pedro también es patrón en su fragua, y sus obreros son para él sus camaradas; viven la misma vida y tienen las mismas ideas y soportan el mismo yugo. Mientras que entre el Sr. Harlé y nosotros, hay una gran diferencia.

—La del pequeño junto al grande.

—Precisamente, él es muy grande y nosotros demasiado pequeños. Tenemos intereses diferentes y aún contrarios y los sentimientos siguen á los intereses. Se dice que no todos nos metemos á hacer papel: pues bien ¿con quién comparte él los provechos? Con ese yo de quien se muestra tan enamorado. Hay una fábula así, de un león que al hacer las partes con sus compañeros de caza, se tomaba todo lo mejor.

—Y tú Pedro, preguntó Enrique, dejas á tus obreros fijarse su salario?

—No; pero me discuten el precio y resulta lo mismo, y además ellos ven que no ganan centenas de miles con su trabajo, como gana el Sr. Harlé con el de sus obreros. Sería mejor que nos dijera: hago esto, por que soy el más fuerte, y entonces, si lo pensamos bien, puede ser que la fuerza cambiara de lugar.

—¿Y cómo harías eso, amigo Juan?

—No lo haría yo ni nadie, sino todo el mundo. Aunque no sé de qué manera, al fin los muchos resultarán teniendo más razón que los pocos.

—No son gratos tus anuncios para el porvenir.

—Tampoco es muy grato el presente; me pare-

ce que cuando llegue la justicia al lugar de la fuerza, usted no consideraría eso como un mal.

—Ciertamente que no, pero para llegar allí suponiendo que nuestro espíritu y nuestra voluntad pudiesen bastar, se necesitarían muchas luchas y muchos males. Somos viejos amigos, es un movimiento de afección el que les trae á ustedes á mi casa y siempre siento en el fondo de sus corazones algo como una declaración de guerra.

—Pero la guerra es á nosotros á quienes se hace, Sr. Enrique, y nos veremos obligados á aceptarla. Por otra parte, usted no entra en cuenta. Si usted cree que porque es Marqués está del lado de los fuertes, como dice el Sr. Harlé, se engaña y engaña á los demás. Sus antepasados tal vez y acaso usted también cuando tenía muchos millones, que sin embargo no supo ni aumentar ni conservar. Es usted propietario como Pedro es ranchero, en pequeño, y sobre todo, es usted de los nuestros, y todo lo que nos interesa le habla al corazón. Ayuda usted á sus arrendatarios sin decirlo, y sus rentas no entran ni siempre ni todas, á pesar de Naneta que intenta hacer entrar á usted en razón. Es que usted es bueno, sencillamente, y ama á los pequeños y en cambio los pequeños le aman. Nosotros hemos encontrado nuestro lote, dice el Sr. Harlé, y cada uno está en su lugar. Mejor, mientras más lejos estén los unos de los otros; por eso es que no conociéndose entre sí, las dos clases se odian y se hacen mal sin remordimiento; pero usted no es de los más fuertes, y se ligará con nosotros y hará lo que hagamos.

—No quiero hacer nada.

—Siempre se quiere algo mientras está uno vivo, y para alcanzarlo en lo que á usted concierne, le convendría ponerse de parte de nosotros abiertamente.

—No puedo. Tengo que partir.

—Deveras, dijo Naneta, pero se diría que el Sr. Marqués va á la guerra; y ahora no hay guerra en París.

—Tiene usted razón, añadió Pedro. La amistad era nada más la que me hacía hablar y no sé por qué siento mucha tristeza viendo partir al Sr. Enrique.

—Lo que nosotros deseamos, dijo Juan, es que regrese muy feliz.

—¡Quién sabe! Puede ser que la haya llegado el buen día, agregó Naneta soñadora.

—Para alcanzar eso, exclamó Pedro que seguía en su idea, no necesitará más sino abstenerse de poner su dicha en manos de los otros.

Es justamente lo que necesito hacer dijo Enrique, cerrando los ojos para volver á ver la eterna imagen. La dicha no ha de venir sola.

Hacia tiempo que las pipas se habían apagado. El veladorcito en que se servía la cena al volver de la caza enseñaba los vasos vacíos que Enrique llenó para la libación de despedida y se brindó gravemente en el silencio de los pensamientos. Para el hombre del pueblo, hay en ese choque de las copas como el cumplimiento de un rito augusto. El brazo tendido, la mirada fija, la actitud recogida, cada uno pone algo de su alma en la fraternal comunión del líquido sagrado que lleva al corazón del hombre una llamarada de esperanzas.

Enrique miraba á los dos hermanos mudos, embarazados, más conmovidos de lo que querían demostrar y á pesar de la inquietud de estos augurios, se sentía reconfortado con arranques de amistad tan sinceros. El enternecimiento positivo no dispone de otras palabras que de las mismas que usa la cortesía banal; pero el acento, el gesto, el silencio mismo, lo dicen todo. Al último apretón de manos no se encuentran vocablos y después de un «hasta la vista» se separa uno bruscamente.

Enrique resuelto, se acercó á Naneta que estaba frebicitante en su sillón, delante de los tizones encendidos.

—Me voy, dijo rudamente, para cortar de firme toda veleidad de emoción; y como su perro se le aproximara solicitando una caricia, le rechazó con un gesto de impaciencia.

Naneta, por no quitarle el valor se fingió muy fuerte entregada en los últimos preparativos del viaje comenzados desde tres días antes, y así se evitó el peligro de las expansiones de la despedida tan peligrosa para ambos.

El día siguiente y sin otra palabra que: «Escribame Ud. y decidire si debo partir,» la anciana estrechó tiernamente contra su corazón á ese hermano querido que después del más grande

amor y de las más extremas alegrías, no tenía ya sino las más desesperadas angustias.

Ascendió el coche lentamente por la polvorosa avenida, y después en un recodo del camino desapareció. El rumor de las ruedas se oyó un breve espacio, luego se confundió con el murmullo del viento entre las ramas, y al último no se oía más que como un rumor quejumbroso.

Y Naneta, cuando quedó sola, pudo llorar....

IX

Harlé, para sus temporadas parisienses, se hacía reservar de ordinario un lujoso departamento en el hotel de Mirabeau, pero abrigaba desde hacía tiempo la idea de una instalación permanente aunque temía los mil disgustos que le había de causar. Pero su situación próspera le imponía deberes sociales, y aún consideraba que eso le serviría de escalera para futuras elevaciones. Por otra parte, Claudia, cuyo matrimonio comenzaba á preocupar á todos los cazadores de dotes, no podía permanecer en ese chiribitil de hotel poco á propósito para semejante empresa.

La señora Fourchamps no había pues, tenido mucho trabajo para convencer al provinciano de que había llegado la hora de establecerse en París con el esplendor que necesita el que quiere brillar. Se encontró una ocasión á consecuencia de sus buenos oficios y fué el Palacio de Príncipe que era un jugador de bolsa obligado de súbito á realizar todos sus bienes, había entregado en manos del Barón Obpert. En medio de un gran jardín, al lado de la avenida Friedland, una pesada y pretenciosa construcción de mármol, ostentaba ese estilo de falsa grandeza, que la esterilidad de algunos arquitectos ha encajado en las construcciones contemporáneas. Harlé, que nada sabía de bellas artes se deslumbró ante aquella magnificencia, y concluyó rápidamente la compra. Se convino en dar una sorpresa á Claudia, y un mes después toda la corporación de tapiceros se apoderó del inmueble en vista de sus nuevas apropiaciones; y bajo la alta supervigilancia de la Vizcondesa se dedicó á atenuar con detalles de elegancia el lujo escandaloso y teatral. Harlé querir reconstruir en París su jardín de invierno y su cascada artificial con una colección de horquideas comprada á lance, que á sus ojos debía dar al todo un carácter de refinamiento parisiense. La señora Fourchamps lo desanimó, y lo resolvió á no comprar un lote de armaduras falsificadas en que el ambicioso papeleró había puesto sus ojos; y gracias á la mujer de mundo, la decoración del hotel se mantenía en una escala de

fausto mesurado con todo y el esplendor de sus milagrosas tapicerías de Beauvais.

La obra maestra de la Sra. Fourchamps, fué el departamento de Claudia donde le dejaron toda libertad. Allí dispuso una susesión de salones, de gabinetes barnizados de blanco, con vidrieras de cristales bicelados que arrojaban por todas partes sus destellos. Era un regocijo decorar con luz á la juventud. En los rincones ó dispersos al azar, muebles blancos estilo Luis XVI; ingleses; otros de estilo ingles, sencillos acompañados, virginales entre algo como una neblina verde pálida, con ramilletes aquí y allá de flores de azahar.

En los muros grabados en color y entre la fría severidad del estilo inglés, algunas fantasías caprichosas 81 cuarto de dormir, rosa claro con florecillas azul pálido. Una sonrisa de primavera, decía ella.

Oportunamente la vizcondesa dió la noticia de que todo estaba listo, pero, lo que no dijo es que había puesto á Claudia en el secreto de la sorpresa, desflorando el golpe teatral del desenlace, este secreto de consultas íntimas que le ganaban la solidez de una confianza agradecida. Hasta en el abandono de sus confidencias con el padrino, Claudia había permanecido fiel á su promesa de silencio desplegando tal vez en esta reserva más celo del que era de desearse.

Harlé impaciente por instalarse en su gloria, muy orgulloso de un gabinete de encina donde debía reinar bajo un Vandyck indiscutible, quería correr á la avenida Friedland, pero la señora de Fourchamps se opuso, declarando que Puymaufroy debía ser de la sorpresa. Fué, pues, preciso tener paciencia hasta la llegada del padrino para quien se había arreglado un pabelloncito. Por fin se llegó el día, y un portero inglés, grave y ceremonioso, abrió con gesto solemne al landau la entrada del patio de honor. Flores por todas partes, la librea toda nueva. Un desbordamiento de riqueza á pesar de haberse contenido los impulsos de la vanidad. La sensación de un reinado que comienza y que está resuelto á apoderarse de todo y á invadirlo todo.

La admiración de Claudia estuvo muy bien fingida y al verla palmoear, extaciarse, prorrumpir en exclamaciones ante los muebles y los juguetillos que ella misma había escogido, se reconocían las lecciones de la vizcondesa, como le refirieron á Puymaufroy que la señora Fourchamps había hecho que se le esperara para que todos juntos conocieran la casa nueva, este se manifestó sinceramente reconocido.

Continuará.



ALEMANIA

AUSTRIA HUNGRIA

BAVIERA

BÉLGICA



Guillermo II

Augusta Victoria.

Francisco José I

Isabel

Leopoldo

Othon I

Leopoldo II

María

Los Jefes de Estado en Europa

ALEMANIA.—Imperio fundado en 18 de Enero de 1871, federativo y hereditario. Tiene un Consejo federal que se llama Bundesrath y una Cámara de Diputados que se llama Reichstag. Su pabellón nacional y comercial negro, blanco y rojo. Cuenta con 91 habitantes por kilómetro cuadrado ó sea un total de 51.758.000. Hay tolerancia de cultos. Guillermo II actual Emperador, nació el 27 de Enero de 1859 y fué coronado el 15 de Junio de 1888. En 1881 casó con Augusta Victoria de Slesvig-Holstein y ha tenido siete hijos.

AUSTRIA HUNGRIA.—Imperio fundado en 21 de Diciembre de 1867. El Imperio de Austria y el reino de Hungría, son inseparables y hereditarios, aun para las mujeres. El Parlamento para Austria, está dividido en Cámara de Señores y Cámara de Diputados, y para Hungría en Cámara de Magnates y Cámara de Diputados. Tiene 66 habitantes por kilómetro cuadrado y un total de 41 019,157 habitantes. Hay tolerancia de cultos. Actualmente es Emperador Francisco José I que nació el 18 de Agosto de 1830 y se coronó el 2 de Diciembre de 1848. Casó en 1854 con Isabel Baviera y ha tenido tres hijos. Es hermano del Archiduque Maximiliano que fué fusilado en Querétaro, México.

SUECIA Y NORUEGA.—Monarquía constitucional hereditaria. Dos Cámaras en Suecia y una en Noruega, Pabellón comercial azul con cruz amarilla. 4.820 000 habitantes ó 12 porkil. cuad. Religión

RUSIA

SAJONIA



Nicolás II

Feodorowna

Alberto

Carolina

PAISES BAJOS



Guillermina

Emma

elección fué por siete años.

GRAN BRETAÑA.—Monarquía constitucional y hereditaria, aun en la línea femenina. Tiene dos Cámaras, la de los Pares y la de los Comunes. Su pabellón comercial es rojo y lleva en el ángulo superior junto al asta un cuadro azul con la triple cruz de Unión Jack. Tiene en las Islas del Reino Unido 38.104975 habitantes ó sea 120 por kilómetro cuadrado. Domina la religión protestante. Es su soberana Victoria de Brunswick, que nació el 24 de Mayo de 1817, subió al trono en 1837 casó en 1840 con Alberto de Sajonia Coburgo Gotha y tuvo numerosos hijos. El heredero de la corona es Alberto, Príncipe de Gales.

SUIZA.—República Cantonal con un gobierno Central en Berna, un Tribunal Federal en Lausana, 22 Cantones, Presidente hasta 1897 M Deucher: Presidente en 1898 M. Ruffy.

RUMANIA.—Monarquía constitucional y hereditaria, con dos Cá-

BULGARIA

DINAMARCA

GRAN BRETAÑA

ESPAÑA

FRANCIA



Fernando I

María Luisa

Cristian IX

Luisa

Victoria

Alfonso XIII

María Cristina

Felix Faure

Mad. Faure

luterana. Rey Oscar II. nacido en 1829 casado en 1847 con Sofia de Nassau coronado en 1872. Tiene cuatro hijos, Gustavo Adolfo, Oscar, Carlos y Eugenia.

BAVIERA.—Reino confederado de Alemania desde 1870. Su parlamento lo forman dos Cámaras; una de pares nombrada por el Rey y otra de Diputados elegida por el pueblo. Pabellón comercial blanco y azul, 74 habitantes por kilómetro cuadrado, y un total de 5.594.982 habitantes. Dominan la religión Católica y la Protestante. Es Rey Othon I. que nació el 2 de Abril de 1848 y se coronó el 13 de Junio de 1886 y no se ha casado.

BÉLGICA.—Monarquía Constitucional y hereditaria establecida el 4 de Junio de 1831. Tiene Senado y Cámara de Representantes, elegidos por sufragio universal. Pabellón, tres bandas verticales negra, amarilla y roja. 213 habitantes por kilómetro cuadrado y un total de 6.495.886 habitantes. Casi toda la población es católica. Es Rey Leopoldo II que nació el 9 de Abril de 1835 y subió al trono el 10 Diciembre de 1865. Casó en 1853 con María Enriqueta de Austria. Sus hijos son Luisa y Estefania. Este Monarca, es hermana de la infortunada Carlota viuda de Maximiliano.

WURTEMBERG.—Reino hereditario con dos Cámaras, pabellón rojo y negro. 2.036,522 habitantes 1,104 kil. cuad. Rey Guillermo II. nacido en 1848, coronado en 1891, y casado hoy con Carlota de Schaumbourg-Lippe.

BULGARIA.—Monarquía bajo el protectorado de Turquía. Es constitucional y hereditaria. Su Parlamento lo forma una Cámara elegida por sufragio universal y que se llama Sobranje. Pabellón blanco, verde y rojo. Tiene 33 habitantes por kilómetro cuadrado y un total de 3.309,816 habitantes. La religión mahometana y la griega ortodoxa, son las dominantes. Es jefe del Estado. Fernando I que nació el 23 de Febrero de 1861 y subió al trono el 7 de Julio de 1887. Casó en 1883 con María Luisa de Borbón, Princesa de Parma y ha tenido dos hijos: Boris Príncipe de Tirnova y Cirilo Príncipe de Preslaw.

DINAMARCA.—Monarquía constitucional y hereditaria. Tiene dos Cámaras el Lansting y el Folkething, Pabellón rojo atravesado por una cruz blanca. Cuenta con 2.172.387 habitantes, correspondiendo 57 por kilómetro cuadrado. Es Rey Cristian IX que nació el 18 de Abril de 1818. Casó en 1843 con Luisa de Hesse Cassely, tuvo seis hijos que son: Federica, esposa de Luis de Suecia, Alejandra, casada con el Príncipe de Gales, Jorge, Rey de Grecia, Dagmar, Thyra, Duquesa de Cumberland, y Waldemara.

SUECIA Y NORUEGA



Oscar II

Sofia

SUIZA



M. Ruffy

M. Deucher

WURTEMBERG



Guillermo II

Carlota

maras de Diputados. Pabellón azul, amarillo y rojo en bandas verticales, 5.038,332 habitantes ó sea 39,000 por kilómetro cuadrado. Religión griega. Rey Carlos I nacido en 1839, coronado en 1894 y casado el mismo año con Isabel de Wied. Sin hijos.

GRECIA.—Monarquía constitucional hereditaria. Cámara de Diputados por sufragio universal. Pabellón comercial, nueve bandas azules y blancas y en el ángulo superior, junto al asta, una cruz blanca sobre fondo azul. Tiene 2.418,000 habitantes ó sea 34 por kilómetro cuadrado. Religión, griega ortodoxa. Es rey Jorge I que nació en 1841, subió al trono el 5 de Junio de 1863 y casó en 1867 con la Princesa Olga. Han tenido seis hijos.

ITALIA.—Monarquía constitucional hereditaria con Senado y Cámara de Diputados; pabellón tres bandas verticales verde, blanca y roja. Religión Católica, 107 habitantes por kilómetro cuadrado. 30.913663 por total. Es rey Humberto I que nació el 21 de Marzo de 1844, casó en 1888 con Margarita de Saboya.

PAISES BAJOS.—Monarquía constitucional y hereditaria, con dos Cámaras, una hereditaria y otra popular. Tiene pabellón comercial de bandas horizontales roja, blanca y azul. Tiene 143 habitantes por kilómetro cuadrado, y 47.288,870 por total. Es Regente del reino Emma de Waldeck Arimont, durante la minoría de su hija Guillermina que es la reina, y nació en 1880.

PORTUGAL.—Monarquía constitucional y hereditaria, con Cámara de Pares hereditaria y Cámara de Diputados popular. Pabellón azul y blanco. Tiene 51 habitantes por kilómetro cuadrado y 4.708,000 por total. Religión Católica. Es rey Carlos I que nació el 28 de Marzo de 1863 y casó en 1866 con Amelia de Borbón. Subió al Trono en 1859, y tiene dos hijos, Luis Felipe y Manuel.

RUSIA. Imperio Hereditario. Pabellón Comercial, tres bandas horizontales azul, blanca y roja. Tiene 126 millones de habitantes ó 6 por kilómetro cuadrado Religión griega.

Emperador Nicolás II nacido el 18 de Mayo de 1868. Subió al trono en 1894 y se casó en el mismo año con Alix de Hesse que tomó el nombre de Alejandrina Feodorowna. Tienen dos hijas, Olga y Tatiana.

SAJONIA — Monarquía Constitucional hereditaria, con dos Cámaras. Pabellón blanco y verde, habitantes 3 502 684, ó sea 234 por kilom. cuad. Rey Alberto Federico, nacido en 1828 casado en 1853 y coronado en 1873. Sin hijos, heredará el primogénito de su hermano Jorge.

RUMANIA

PORTUGAL

ITALIA

GRECIA



Carlos I

Isabel

Carlos I

Amelia

Humberto I

Margarita

Jorge I

Olga

PAGINAS DE LA MODA.



TRAJE DE PASEO

Lecturas para las Damas

HISTORIA DE TODOS LOS DIAS

UN "KRACH" PARISIENSE.

Volvia yo de un viaje á Oriente á donde me habian conducido, mis estudios relativos á la belleza femenina, en ese país de las *mil y una noches*, cuando apenas llegada, recibí este billetito que me causó una emoción dulce y alegre.

"Mi bella madrina:

"Acabo de saber vuestro retorno. Por fin! . . . Si yo no escuchase sino á mi corazón, correría á abrazaros; pero no me atrevo, pues que frecuentemente os he oído decir que era conveniente recelar siempre, al proporcionarse un placer, molestar á otro.

"Mañana se efectúa mi último *five o'clock*.

¡Qué alegría experimentarían vuestros admiradores y admiradoras si os volvieran á ver! Por que desde vuestra partida, nos parece á todos que París yace en el marasmo.

"Y luego os quedaréis á comer no es esto?

"Tendría mucha tristeza madrinita querida si no viniereis.

"Mi Jorge besa los pies del idolo, y yo, yo le salto al cuello.

MARIA LAURA.

Yo no resisto jamás á los deseos de mi encantadora ahijada. Un poco aislada en la vida, no puedo impedir cierta inclinación por la maternidad adoptiva y Maria Laura es una criatura tan exquisita que nadie escapa al encanto de su belleza, de su gracia, de su bondad sobre todo. que radia en sus ojos profundos y dulces en su sonrisa tierna, en las entonaciones férvidas y melodiosas de su voz.

De todo su sér se desprende como una atracción que retiene y cautiva el corazón y la mirada.

Ahora bien yo adoro á mi ahijada, que por su parte me corresponde.

Pero como no habia de ser buena? Desde su nacimiento todo le habia sonreido en la existencia. Bella, rica, noble, su vida no habia sido más que una fiesta. Esa expansión de todas las horas habia completado su belleza, que realizaban todas las elegancias, todos los lujos. Asi, ella me llamaba siempre madrina buena hada. Añadiendo con su voz zalamera tan dulce: Y de todas las felicidades que tu has llamado á mi cuna, la más grande es este marido perfecto mi Jorge. Nuestro amor, he aqui la verdadera felicidad, después de la cual, las otras son casi nulas.

En efecto, ella habia encontrado al mirlo blanco: un marido perfecto, casi tan bello y tan bueno como ella.

Se adoraban.

Después de tres años de matrimonio pasados en el torbellino de la vida parisiense, le llamaba aún: mi Jorge.

A mis ojos, sin embargo, Jorge de Coursols tenia un defecto: era financiero, y aunque joven, financiero hasta la punta de las uñas. Tenia la demencia de la especulación, la locura del juego; pero si queria ganar mucho era para gastar mucho también. Tenia la ostentación brillante, arrojaba el oro á manos llenas y lejos de tratar de restringir el lujo de su mujer la impulsaba á derroches exagerados.

Un poco paradójal, pretendia que ese gran lujo era un deber social al mismo tiempo que un gran círculo, contribuyendo á la circulación de la riqueza y acabando de afirmar su crédito.

Su hotel era pues uno de los más renombrados por la suntuosidad de sus fiestas; y Maria Laura por su belleza y su elegancia suprema, una de las reinas del *high life*.

Cuando entré al salón de la Sra. de Coursols, la luz pálida de las cinco, en aquella estación semi-invernal penetraba en fulgores murientes á través del amontonamiento de colgaduras, levantadas á la italiana. Y en la claridad vaga, flotaba un delicioso perfume de mujeres, mezclado á un perfume y á un aroma de té ruso; cuyo humo se escapaba de un rutilante y soberbio Samobur.

Llevaron las luces y fué un repentino flamear, un manantial de oro que me deslumbró.

El suntuoso salón estaba todo lleno de bibelots nuevos para mí, los unos raros y preciosos; los otros curiosos, el mayor número barrocos; los habia por donde quiera. (Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

TRAJE DE PASEO.

Este es un traje de paño de piel de gacela, gris plata, con bolero estilo bratschwants compuesto de una espalda de una sola pieza y de un delantero cerrado en medio, ajustado por una pinza de cada lado. Manga ajustada y un collet de aspecto original; de paño, se coloca sobre el bolero. Este collet, que simula una especie de bolero ondulado se corta de una sola pieza y se recorta para formar el contorno y la manga.—La falda está cortada de una sola pieza con gran volante y coronada por una banda de bratschwantz—Toqueta drapeada de terciopelo coral guarnecida de plumas diversas.



TRAJE DE MODA

TRAJE DE MODA

Para confeccionar este traje se utiliza un paño azul obscuro y éste va adornado con cintas del mismo paño.

La falda es sencilla, en la parte baja lleva como adorno las cintas del mismo paño formando un zigzag como lo representa en el grabado.

La blusa lleva el mismo adorno, y todas estas cintas se unen y terminan en un cuello parado color terciopelo rojo.

La blusa va sujeta a la falda por un cinturón de terciopelo.

Las mangas en la parte baja llevan el mismo adorno que la blusa, formando puño.

Una bonita Boa cuyas extremidades van adornadas con cabezas de animalitos, lo mismo que colitas y un sombrero del color de la toilette, hacen que este traje que acabamos de describir en si sencillo, sea elegante.



TRAJE PARA NIÑOS

TRAJE PARA NIÑAS

TRAJE PARA NIÑAS.

El traje de que vamos á hablar es hecho de cachemir rojo, y está adornado por unas vueltas bordadas, con seda blanca.

La blusa está sujeta á la falda por medio de un cinturón adornado, lo mismo que las vueltas, y termina con una roseta de listón.

El buche de la blusa es de gaza blanca y el cuello está hecho de esta misma, figurando también una roseta, como puede verse en el grabado.



VESTIDO BLANCO DE GASA BORDADA, PARA TERTULIA

VESTIDO BLANCO DE GASA BORDADA PARA TERTULIA.

Es este un encantador modelo de gasa blanca bordada, que tiene por base una falda de tafetán blanco acordeón, aplanado, sobre el cual, se aplica otra falda de tul, en la que se ostentan tres amplios vuelos de la misma gasa, con hermosos bordados. El cuerpo es de gasa acordeón tableada, sobre tafetán. El frente de la blusa ajústase graciosamente á un cinturón de satén blanco. Por la parte posterior de la falda, desciende un lazo de gasa, muy prologado y ligeramente más oscuro. Algunas rosetas hechas de la parte del mismo género que no tiene bordado y dobles volantes en forma de aletas sobre los hombros, completan el traje.

TRAJE PRINCESA PARA COMIDA.

Encantador es este traje princesa, hecho de piel de seda clavel; el frente en el cuerpo, está ajustado graciosamente por un lazo de satén en el talle, el cual da nacimiento á una amplia banda de tul dibujado, del más primoroso efecto. Del propio tu son las mangas, de gracioso vuelo en el remate.

Guarneciendo el escote, así al frente como en la espalda, la tela se dobla ostentando amplias redes romboidales, que en la espalda terminan en punta. Sobre los hombros batista lisa formando dos aletas onduladas, del más primoroso efecto.

TRAJE PARA NIÑOS.

Estetrage es para niños de doce á trece años.

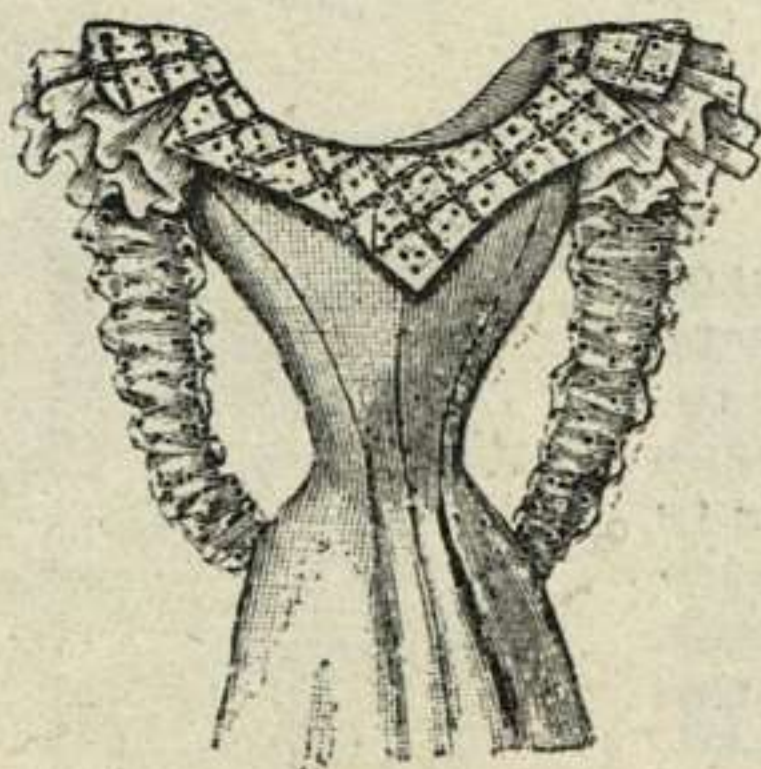
La tela es color gris, y el pantalón corto.

El saco es bastante largo, lo adornan dos hileras de botones, y las solapas son de seda.

El cuello es hecho de un paño verde oscuro. Las mangas llevan unas vueltas de este mismo paño verde, como lo indica el grabado.



TRAJE PRINCESA PARA COMIDA



ESPALDA DEL TRAJE PRINCESA



GRAN MANTEAU PARA PASEO EN CARRUAJE

GRAN MANTEAU PARA PASEO EN CARRUAJE PARA SEÑORITA.

El cuerpo de la prenda que se hace de piel decoutré se corta sobre un gran collet ajustado á las espaldas por presillas. Un gran cuello formando chaleco se aplica sobre la prenda. Este cuello es de paño beige claro inerustado de guipure crema y bordado de la misma piel, deteniéndose de cada lado del chaleco. Cuello muy alto, sombrero de fieltro crema guarnecido de plumas negras y de una cresta de terciopelo rubi.

TRAJE PARA SOCIEDAD

Blusa con cuello cuadrado, de bengalina gris con blonda. Descote en óvalo. La blusa va cerrada sobre el pecho hasta el talle con una banda orlada de encajes y dos botones de cada lado en la parte alta.

Cuello de seda oscura formando mariposa en la parte de atrás.

El cinturón lo forma una cinta de terciopelo color rosa. La falda es sencilla, pues solo lleva un bordado ó aplicación de pasamanería en la forma que indica el grabado.

TRAJE PARA SOCIEDAD

Blusa de paño color oro viejo en forma de coraza. Mangas con popelinetes blanco. Cuello y cinturón de seda azul turquí.

La falda es lisa con ruló alto, y el adorno de la blusa de cuenta pavon azul.

TRAJE PARA BANQUETES

Se utiliza moiré color marfil y tul. El descote en pico lo forman adornos de tul. El cinturón es angosto y de terciopelo negro con una hebilla.

Mangas angostas y de seda cubiertas con tul, el cuello cubierto con una boa de plumas de avestruz color marfil. Falda lisa con un olán en la extremidad y guirnalda abullonada.

Ramo de margaritas en el lado izquierdo del pecho.

ACERICO DE SATIN BLANCO.

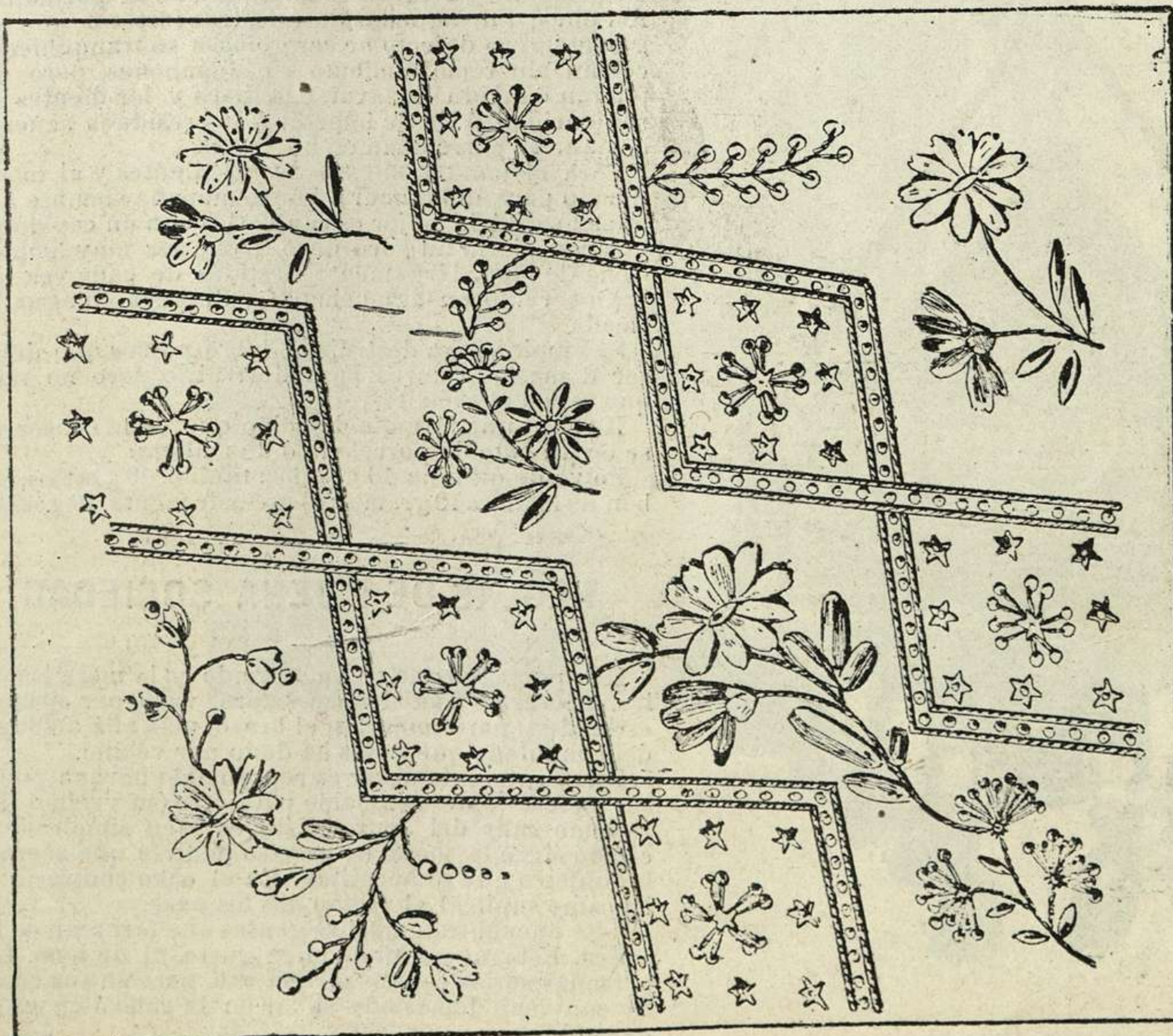
Las figuras a y b constituyen en detalle y en conjunto un acerico con el adorno que lo decora, al tamaño natural. Este acerico es de satin blanco; bordado rococo y pajitas. Las margaritas son rosadas. Las estrellas son oro con puntos de seda verde. Los angeles forman un talle en seda amarilla; los motivos que los llenan están hechas con estrellas en pajitas heliotropo y las flores en seda heliotropo.

La pelota en conjunto está guarnecida de un volante de muselina de seda blanca, una cinta pasa sobre todo el contorno, formando la cabeza del volante.



TRAJES PARA SOCIEDAD

TRAJE PARA BANQUETES



a.—ACERICO DE SATIN BLANCO. TAMAÑO NATURAL

COJIN PARA COLGAR

Para hacer este sencillo y bonito cojin de veinte y nueve centímetros, se forra de ambos lados de un género color rojo subido. La parte superior va adornada de un cordón grueso de pasamanería de color encendido. Este cordón puede hacerse de estambre ó de seda.

Al género que se emplea para este trabajo se le da la forma de un cuadrado. Uno de nuestros grabados indica la manera como se hace este cojin, y el otro representa el trabajo terminado.

Para completar este cojin se le añade unas borlas de fleco de pasamanería.

DELANTAL PARA SEÑORA.

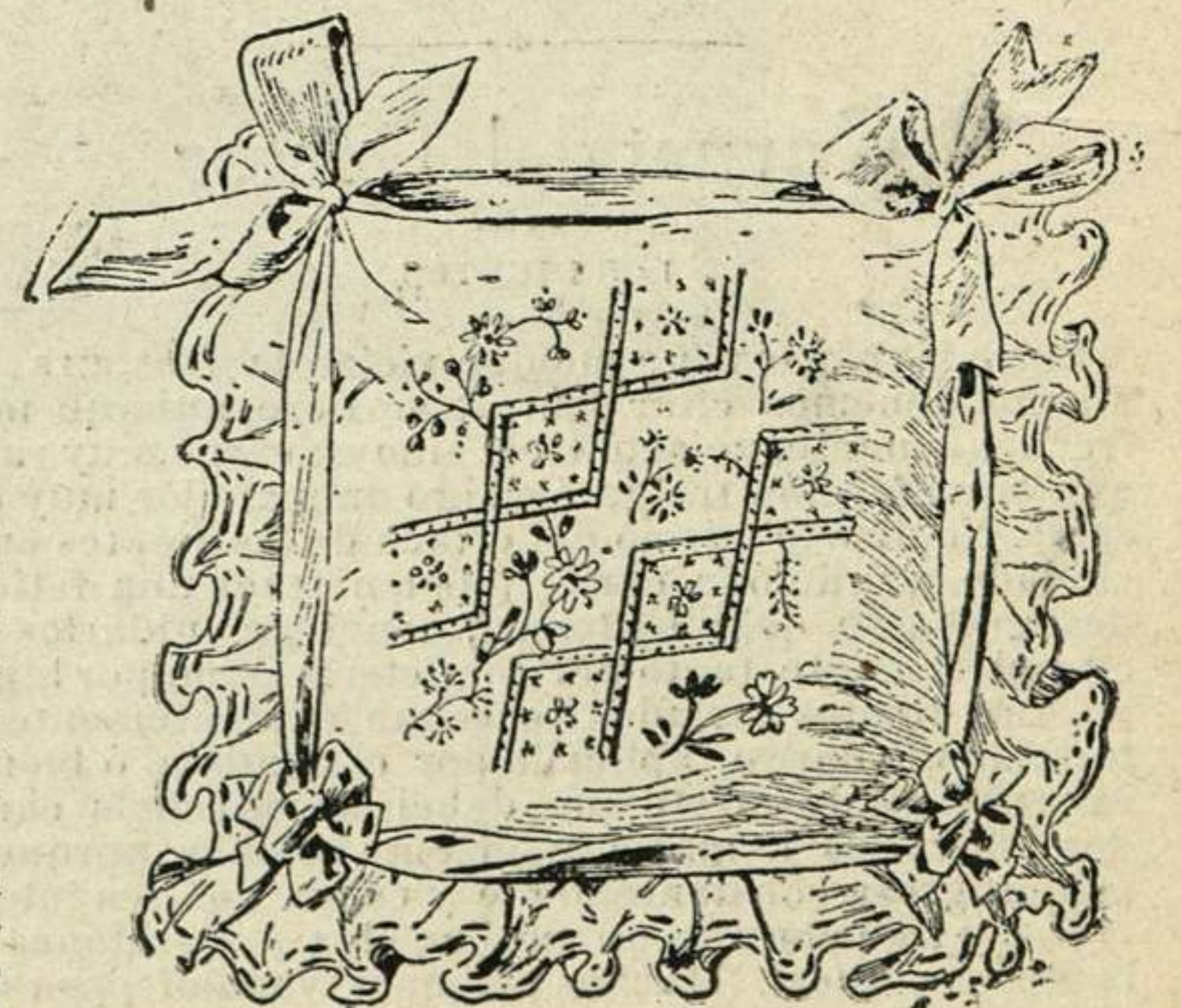
El delantal es de lino blanco, formando blusa y tiene como adorno un encaje. El talle está sujeto por un cinturón de siete centímetros de ancho, y éste está adornado en la orilla con una cinta azul.

La parte inferior del delantero figura una falda, y lleva dos bolsas adornadas de la misma cinta, como lo indica el grabado.

PANTALLA PARA LÁMPARAS.

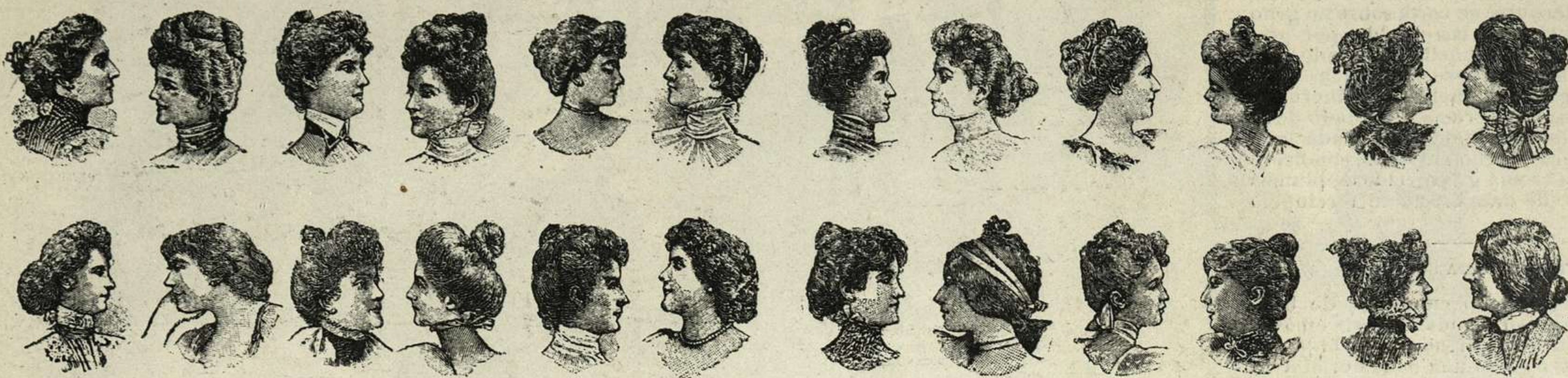
Esta Pantalla, que es un bonito y elegante adorno para un salón ó para un escritorio, tiene un diámetro de veinte centímetros. La hechura es bastante sencilla, pues todo él lo forman perlititas de vidrio de bonemia, y estas son sostenidas por medio de unas varillas de acero.

El fleco tiene un largo de once centímetros y éste lo forman también perlititas pero de color verde claro.



b.—ACERICO DE SATIN BLANCO. CONJUNTO.

Historia del peinado femenino en 1897



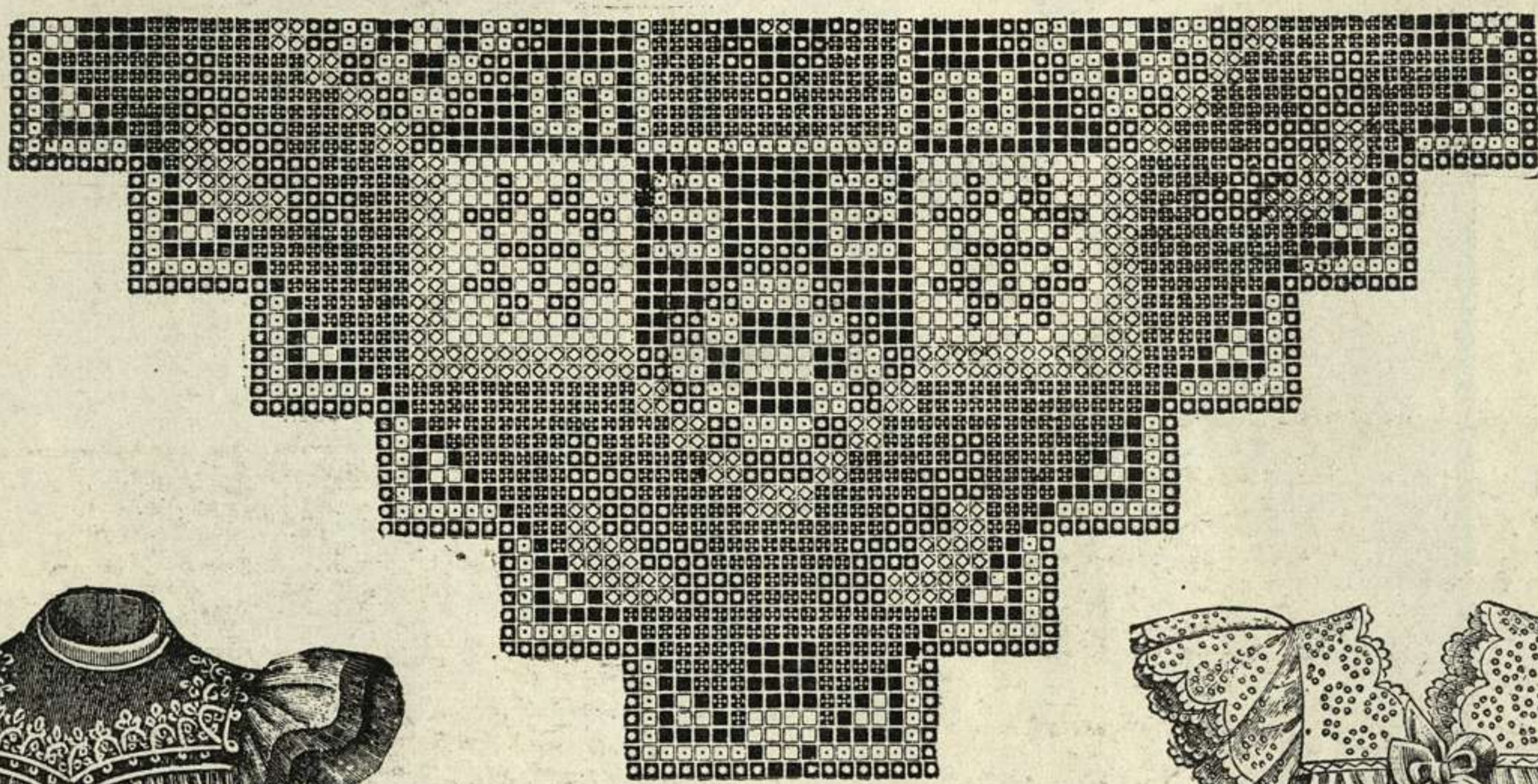
(Tomado del natural.)

DELANTAL DE BAPTISTA.

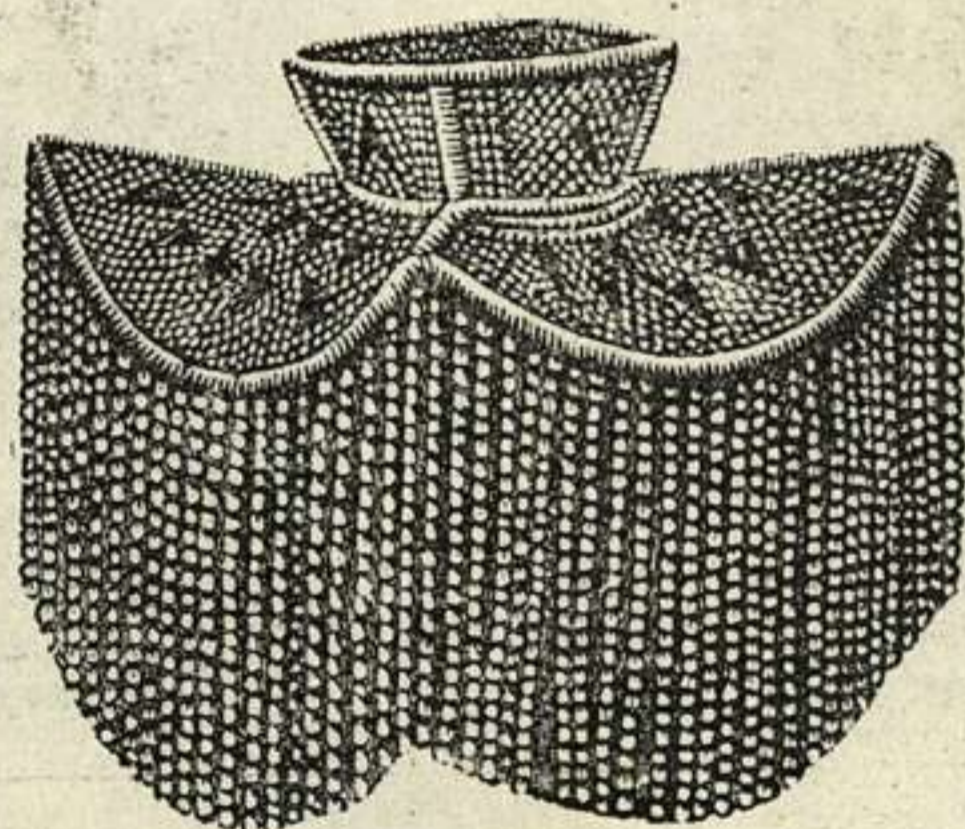
Este delantal es para niñas de tres á cuatro años, lleva un moño de listón al terminar el descote y éste lo forma una Berta de tira bordada

Las mangas son de un olán de este mismo adorno.

La parte inferior del delantal tiene tres vueltas de alforzas.



DETALLE DEL COJIN PARA COLGAR.



PANTALLA PARA LÁMPARA



DELANTAL DE BAPTISTA

saben muy bien que vale más cuidar un diente que arrancarlo, hay evidentemente excepciones, y la que temía ver su mandíbula desgarnecida, sale al contrario con todos sus dientes restaurados, curados y propios para asegurar la masticación completa. Esto me lleva á hablaros de la importancia que tiene eso de masticar los alimentos. Numerosas enfermedades de estómago, ciertas dispepsias, no tienen otra causa que el hábito de tragar los alimentos sin masticarlos suficientemente, lo cual trae una fatiga al estómago. Si se tienen malos dientes ó si faltan, se mastican naturalmente muy mal los manjares; así pues, hay que cuidarse los ó sustituir por dientes artificiales los que están atacados, y las digestiones se hacen más fáciles, las dispepsias desaparecen como por encanto.

El cuidado diario de los dientes tiene por fin evitar la producción del sarro que se deposita sobre ellos y destruir los microorganismos, microbios y hongos microscópicos que viven en la boca. El lavado de los dientes debe hacerse tarde y mañana y después de las comidas para desprender las partículas alimenticias que se interponen en los intersticios de los dientes ó en sus cavidades y que, descomponiéndose dan lugar á malos olores y favorecen la carie. Así sucede que la azúcar á la cual se acusa de podrir los dientes, es del todo inofensiva; pero si se queda en la boca se

descompone y esta descomposición es la perjudicial. Así pues, que aquellas de nuestras lectoras que tengan el ligero defecto de ser golosas se tranquilicen y coman sin remo dimiento sus bombones, pero que tengan cuidado de lavarse la boca y los dientes con regularidad, á fin de impedir á los residuos azucarados que se corrompan en las bocas.

Para el mantenimiento de los dientes y al mismo tiempo para su blancura, que acompaña siempre á su buena salud, lo mejor es cepillarlos con un cepillo que yo aconsejaría un poco duro. Debe ser muy limpio y se ha de lavar largamente después de cada vez que haya servido, en agua simple, y después en agua borricada

Se emplea para destruir el sarro polvos que deben ser demasiado duros para destruirlo pero no tanto que rayen el esmalte.

He aquí una fórmula de polvo que debe conservarse en un bote de porcelana ó de madera:

Polvo de quinina, 10 gramos; tanino, 10 gramos; carbón demadera 10 gramos; esencia de menta, 10 gotas.

REGLAS DE BUENA SOCIEDAD

Hay personas que no encontrado en la mesa los útiles necesarios á su alcance, salero, vaso, por ejemplo, estienden, para tomarlos, el brazo, más allá del lugar del convidado que se les ha dado por vecino.

Esta manera de obrar es reprehensible porque puede ser molesto ó desagradable para otro (su vecino). Pero cómo salir del apuro? Esto es bien simple: si un criado sirve la mesa, es preciso pedirle que acerque los objetos que se necesitan. En el caso contrario no hay sino suplicar al vecino nos los pase.

—Se encuentran muchas gentes que tararean en las calles. Esto no es ni de buen gusto, ni de tono. Las personas serias cantan alguna vez, pero en sus casas. No conviene demasiado silbar en la calle ó en un lugar público.

AMI SEPH.

Nuevas costumbres matrimoniales.

Nuestras lectoras no saben sin duda que en Inglaterra las recién casadas dejan el techo paternal, bajo una granizada de arroz y zapatos de satin blanco. Esto, se dice, les trae buena suerte. En Francia se ha empezado ya á adoptar esta costumbre; pero corrigiendo lo que tiene de brutal.

Los recién casados salieron bajo una lluvia de pétalos de rosa de los cuales se habían llenado de antemano numerosas canastillas y que los invitados arrojaban sobre el feliz parecito con un ímpetu encantador.....

Hay así mismo un pequeño é ingenioso cambio en el anillo de bodas: Este anillo se parece á los otros exteriormente, es una sortija de oro bien unida. Pero en el interior se puede percibir una pequeña oquedad redonda. Si en esa oquedad se introduce la punta de una aguja, el círculo, sólido en apariencia se separa en dos circuitos ligado el uno al otro. Sobre uno de ellos están trazadas las iniciales de los esposos, y la fecha de su matrimonio. Sobre el otro está grabada una divisa, ó una palabra de amor cuya significación es conocida solo de los jóvenes esposos.

Cuando los círculos están unidos nadie recela del anillo. La joven casada no es la sola que debe llevar la alianza. Se ve un anillo similar en el dedo del marido. No hay novia que no quiera un emblema de amor eterno, así comprendido.

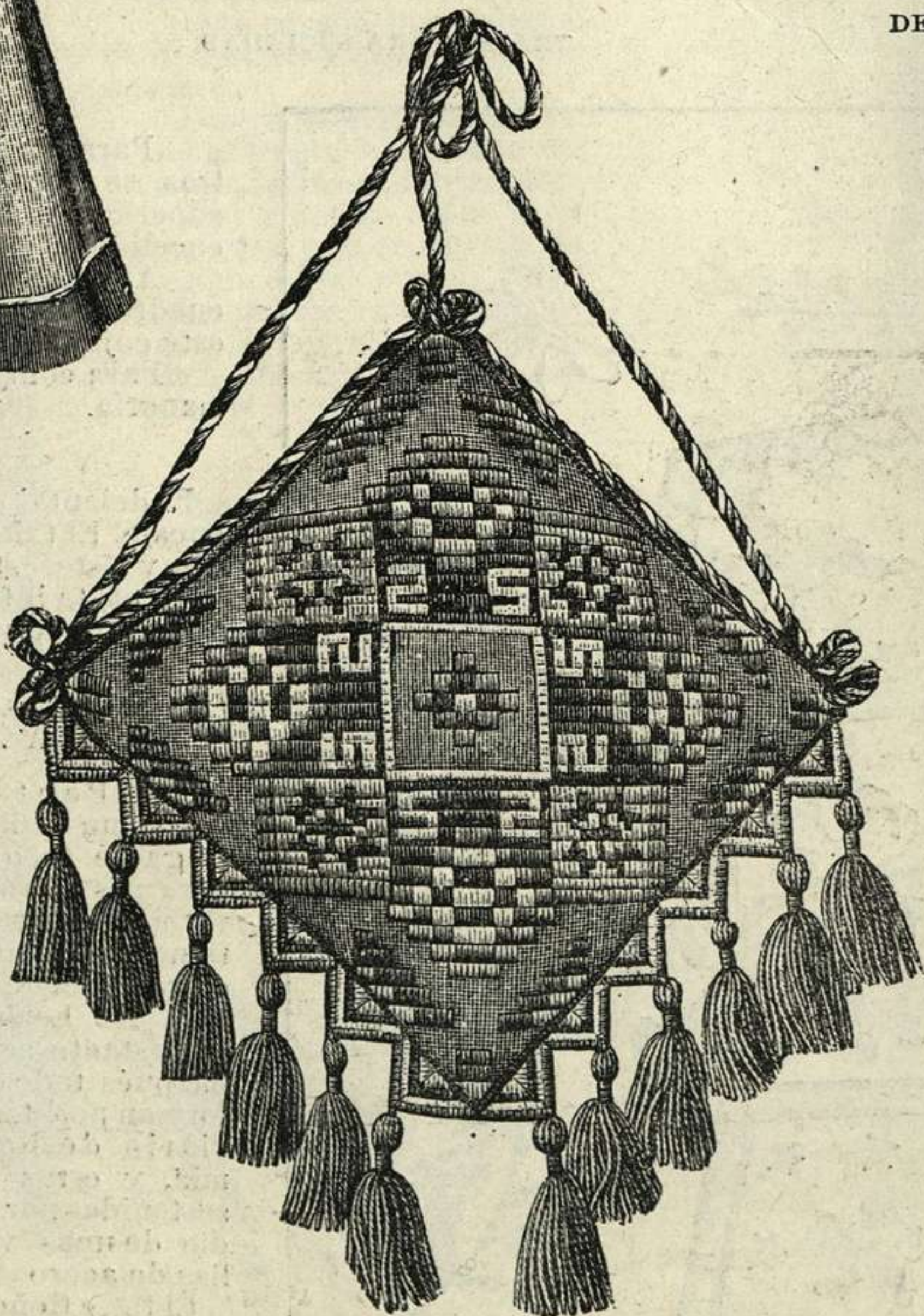


DELANTAL PARA SEÑORA

Carnet del Doctor

LOS DIENTES.

Entre las causas que pueden viciar la frescura del aliento, debemos citar las aftas. Pero, aunque muy frecuentemente, no acontece, sino en casos muy raros que esta afección traiga consigo un mal olor muy durable. No diré lo mismo del estado de los dientes cuyo cuidado exigüo ó la carie, pueden traer una fetidez desagradable del aliento; así, conviene cuidarlos escrupulosamente, tanto por coquetería como por higiene. Los dientes cariados necesitan evidentemente un tratamiento largo, aplicado por el dentista, ó bien la extirpación; de suerte que debéis si los teneis cariados orificarlos lo más brevemente posible, porque el mal progresa constantemente y causa dolores intolerables y trae consigo un pésimo olor y afecciones de la mucosa bucal. Muchos personas vacilan para ver al dentista, temiendo que este les arranque el diente enfermo. Que se tranquilicen, porque los dentistas



COJIN PARA COLGAR